

En Elogio

de

Henri Barbusse



PROXIMAMENTE :

La evolución de Gabriel d'Annunzio

(De Primo Vere à La Nave)

GONZALO ZALDÚMBIDE

En Elogio

de

Henri Barbusse



PARIS

R. ROGER Y F. CHERNOVIZ

IMPRESORES-EDITORES

99, BOULEVARD RASPAIL, 99

—
1909

I

Quisiera mostrar, con el estudio de la obra de Henri Barbusse, una manera de ver la vida y el mundo, que devuelve al hombre toda la sombría grandeza que de ordinario desconocemos en él, ó por lo menos olvidamos al dar á las cosas exteriores y á los fines inmediatos de nuestra actividad una importancia y significación de que en verdad carecen á los ojos de quien ha sondeado el misterio interior, fuente de donde todo emana y adonde todo refluye, y á la cual, por darle un nombre menos vago, solemos llamar : nuestro corazón.



Los libros de Barbusse nos hacen ver, á una luz inesperada, un sentido de la vida que asigna al hombre en medio del universo una falaz, pero grandiosa y trágica realenza.

No hay, que yo conozca, libro moderno en que se le haya estudiado con una curiosidad más honda

Henri Barbusse.

1

y grave, con un asombro más apasionado : — no el hombre en la individualidad accidental de tipos ó caracteres, sino en la raíz de su sér, en el valor de su pensamiento frente al enigma de las cosas, en lo que le es esencial y hace que la humanidad de hoy sea lo mismo que fueron y serán todas las posibles humanidades. — Sería preciso remontar á Pascal para oír un acento que tan hondamente como éste remueva el misterio oculto en las entrañas del « monstruo incomprendible ». Este poeta nos dirá, con un fervor y un horror casi pascalianos en efecto, la pequeñez y, á un tiempo, la grandeza del humano corazón, de nuestro infinito y miserable corazón que todo lo pide porque no tiene nada y que con nada se satisface porque es más grande que todo...

Libros inquietantes y extraños... Podríamos llamarlos poemas de metafísica apasionada, que transportan de la helada región de la inteligencia especulativa al sangriento corazón del hombre, — de cada hombre, — la irreductible oposición teórica de sujeto y objeto, y encierran en la infranqueable soledad del yo todo el drama de comprender y de vivir... Genial transposición gracias á la cual hanse vuelto sensibles el interés y trascendencia que tienen, en

la existencia de cada cual; ciertos principios reservados generalmente á la investigación filosófica; y éso en tal forma, que, aun los lectores no avezados ó indiferentes al juego de ideas abstractas y que han menester, para asimilárselas, de vaciar su contenido en alguna imágen ó símbolo concreto, sabrán hallar en la extraordinaria vida de este lenguaje poético, en la vasta simplicidad del sentimiento, una revelación del misterio humano que en vano buscarían á entrever con el socorro de inciertas filosofías ó al través de confusas experiencias.

Pues si el grande valor de estos libros consiste en su originalidad literaria, ellos comprenden tambien las más altas y sutiles cogitaciones de la ideología pura, mas no á manera de tésis por probar, sino como gritos de nuestro desamparo. Y si bien los principios abstractos que en esta obra de pasión se debaten tienen su arraigo en las teorías del subjetivismo absoluto; si bien su punto de partida es el establecido por Kant y su representación del mundo tiene algo de común con la de Schopenhauer, ni en la sombría enseñanza de éste ni menos en la austera y descarnada crítica de aquél, esas verdades nos hablan con el patético acento, con el jadeante anhelar que comunican á las páginas de *L'Enfer* y de *Les*

Suppliants uno como temblor de cosa viva, una especie de estremecimiento venido de entrañas que sufren...

Porque esta obra de audaz filosofía es ante todo una obra de poeta, — y su lirismo lúcido y vehemente es, desde luego, la sola sangre bastante ardiente para infundir vida á sus visiones. — De su doble carácter le viene un poder de sugestión que se impone á la vez turbando y convenciendo, y en tan extraño modo, que el lector, inquieto y deslumbrado, quisiera sustraerse á su círculo mágico, mas hallándose transportado de súbito fuera de la realidad ordinaria, sigue hasta el fin la vertiginosa espiral de estos razonamientos; — pues son tales que dan el vértigo casi á cada página.

De ahí la singular inquietud que se apodera de nuestra inteligencia, llevada por este visionario, como al borde de un abismo, á la contemplación del triste y ávido corazón humano, de nuestros pobres corazones puestos al desnudo, abiertos, crucificados en una magnífica locura de verdad, en una sombría y lúcida pasión de verdad verdadera, de absoluta sinceridad.



No le conozco maestros, ni tendrá talvez discípulos. Barbusse se distingue de sus predecesores tanto como de sus contemporáneos, no sólo por el gran fondo abstracto en que se mueven sus vivientes imágenes, pero también por su manera de composición y estilo. Este renovador del individualismo idealista aparece como un extranjero -venido del Norte y enardecido al sol del Mediodía. Su obra, en medio de la producción corriente, es el brote esporádico de ideas que han germinado aparte y no han podido ser vivificadas por otro temperamento que el suyo.

Por su interna arquitectura, estos libros no son una construcción novelesca, un drama ó fábula cualquiera; ni tampoco la exposición de un sistema filosófico, ni menos una disertación moral. No nos proponen ninguna opinión social, ni nos dan descripción alguna de costumbres ó lugares, ni estudian un tipo común ó una anomalía de caracteres; pero su pensamiento abraza todas las posibilidades humanas, reduciendo la ley de los corazones á su más simple universalidad.

Ni es tampoco por una enseñanza que nos volviera mejores por lo que el pensador se apasiona. — Su sola preocupación constante es la del misterio humano; y guiado por una tendencia trágica hacia lo que hay en el hombre de más patético y desnudo, su palabra es siempre grave ó enternecida. Una conmovida y desolada simpatía le mueve, á un tiempo, á asombro y á piedad; su divisa podría ser el verso de Vigny :

J'aime la majesté des souffrances humaines.

Sus libros nos alzan y mantienen por encima de las prácticas usuales del oficio literario : estamos tan lejos de las novelas cortadas á la moda del día como de la psicología menuda y premiosa de los ana-

listas ó de la fastidiosa preferencia del naturalismo por lo bestial y del realismo por lo mediano. — Del simbolismo tampoco sería posible darles nada, como no sea una cierta predilección por algunas formas evanescentes, envueltas en la música de imágenes cuya cadencia pone en la prosa los anhelos de un lirismo incontenible. Por su permanente exaltación interior, por su abundancia y libertad de expresión, por su complacencia en amplificar bajo formas extrañas y magníficas ciertas maneras de sentir comunes, tuviérasele por un romántico si su fervor, en vez de consagrarse á buscar una verdad impersonal en la interna fuente del dolor, del amor y del deseo, se aplicara á la infinita variedad de los objetos que los producen, de los conflictos personales en que se individualizan, ó á la descripción de las bellezas exteriores. Pero su pensamiento, impregnado de sutiles esencias metafísicas, rehusa á las múltiples apariencias del mundo una realidad independiente de la del sujeto, y vuelve á éste toda su atención clarovidente.

La embriaguez intelectual de los sistemas no ha apagado en él el ardor por la vida. Al contrario, la intensidad de pasión y de apetitos que estos libros revelan, les da una fuerza dramática casi exaspe-

rada ; tal, que, en comparación, la serenidad parnasiana ó las delicuescencias decadentes no parecen sino pobreza meticulosa ó impotencia cerebral puesta á tortura.

Nada de dandismos, de bizarrías, de complicaciones sentimentales : nada del yo que se analiza y busca entre la red enmarañada de veleidades, de escrúpulos, desútiles perversiones. Si despeja, aísla y exalta la noción é importancia del yo, no es con la curiosidad analítica de Constant ó de Amiel ; y nada más extraño á la impersonalidad de su concepción que el propósito de dar un modelo nuevo á las almas inestables y vagas en quienes ya no suscitan correspondencias la fascinación romántica de Oberman, las perplejidades de Adolfo ó la ideología seca y ardiente del *Hombre libre* de Barrés ; y así, no es de esperar que sus libros propaguen una epidemia sentimental ó intelectual en los lectores de dieciocho años.

Un soplo potente barre del campo de la conciencia todas esas adquisiciones puramente literarias y desnuda al sufrimiento humano de los oropeles de una estética convencional.

Por lo demás, sólo el hombre le interesa y en el hombre, su verdad íntima y lo que á ella responde.

La naturaleza es bruta y ciega, no sufre y nos ignora: el drama, y por lo tanto, el interés de la vida no comienzan sino con la inquietud del pensamiento y el acicate del deseo.

Abolidas, pues, las divergencias de caracteres y costumbres, aquí no tenemos más que unos ojos que miran, una mente que inquiere, un corazón que da y pide infinitamente: es decir, un hombre, que confina con todo lo humano, sin ninguna particularidad que le limite. Y pues los individuos son como si no fueran, repeticiones efímeras de la misma vasta unidad indefinida, ¿qué más da, éste ó aquél? La miseria y la grandeza de todos y de cada uno son las mismas y sus gritos ó su silencio piden la misma cosa... ¿Qué cosa, y á quién? Ahí está el drama. Asistiremos á su desarrollo en el alma misma de uno de « Los Suplicantes », y luego le veremos, al través de los círculos de « El Infierno », en esas sombras que agotan el tormento y la dulzura de vivir...



Los dramas en que ahonda esta investigación apasionada envuelven todos el enigma del destino humano : ó más bien, no hay sino un drama : ¿ qué somos ?

Ese es el problema central, el que debiera preceder á todos los otros del pensamiento y de la acción. Cuando, sobrepasando la esfera de nuestros intereses inmediatos, de nuestras pobres ciencias exactas, de nuestros deberes particulares, la mente inquiere si hay algun problema que de veras importe al hombre, halla que sólo el problema inicial de su propio misterio le interesa entrañablemente. Todas las demás curiosidades del espíritu, todos los fines de la actividad cotidiana, son perseguidos en olvido ó por

ignorancia del verdadero objeto de la vida. Echamos á andar por cualquiera de los caminos del azar, cultivamos tal ó cual campo, perseguimos tal ó cual quimera, porque es preciso hacer algo, porque no es posible detenerse en el tejer y destejer de nuestra red ; pero no sabemos qué responder á la interrogación demasiado grave : ¿ qué queremos en fin, al querer tanta cosa diversa, qué somos, y por qué somos ?

Je tresse de la paille pour oublier,... decla en este sentido el fiero de Vigny. Mas al fin de todos los caminos, en la fatiga de todas las actividades, nos estrellamos contra el muro ante el cual hemos podido ser ciegos sólo en fuerza de miedo, de tristeza ó de aturdimiento...

En suma, no es otra la preocupación á que han ensayado responder las filosofías y las religiones : pero lo que este poeta busca ahora á su modo, no es una respuesta mística ó metafísica al enigma de nuestros corazones que, hijos de la tierra, piden su herencia sobre la tierra... Quiere saber el origen de esta tragedia de sombra y luz que multiplica sus conflictos en nuestra inteligencia ; quiere saber la ley del secreto dinamismo que impulsa nuestros corazones de deseo en deseo, hasta lo infinito ; quiere

saber si una realidad exterior corresponde á nuestras aspiraciones ó si son ellas las que crean un espejismo que luego toman por una realidad independiente y la adoran como á un ídolo ; si esta felicidad tan mezclada de pesadumbre es la sola posible ; si podemos gozar sólo porque podemos sufrir ; si no es nuestro dolor quien da vida á nuestras alegrías, y nuestra luz la que proyecta nuestras sombras ; si hay un término á esta maldición de desear siempre otra cosa, una posesión que repose el acezar de nuestros corazones infatigables ; si somos algo frente al universo que nos ignora y aplasta ó si éste toma su realidad de nosotros, siendo, fuera de nosotros, una ilusión, la nada ; si el hombre puede conocer otra cosa que su propio pensamiento ; si puede salir de sí mismo á constatar la existencia de una realidad que no tenga por garantía la veracidad de sus facultades cognoscitivas ; si hay un puente que le permita salir del reino encantado de su consciencia, de su soledad, y en fin, si hay una consolación á la suerte de este rey sin corona de un reino de mirages...

Para renovar el dramático interés de todas estas interrogaciones el poeta tiene la fertilidad de su asom-

bro ante toda cosa : si ésa es la cualidad del niño es tambien la del sabio ; los antiguos reconocían en esa facultad el origen de la especulación filosófica y de toda la ciencia humana. ¿Y no es Pasteur quién decía : « todo es milagro », significando que sólo los ignorantes juzgan lo extraordinario más digno de admiración que lo normal y corriente?...

Pero, conviene repetirlo, Barbusse no plantea ni resuelve directamente ningún problema: el fondo de estas meditaciones transparece en la acción, en la trama de las imágenes, va mezclado á la vida de los personajes é inspira sus sentimientos, de tal suerte que nunca tropezamos con abstractas discusiones de ideas. A todas ellas, el interés les viene del lado dramático y vivido y adquieren su verdadera importancia del fermento de dolor y ansiedad que las levanta.

Por otra parte, el autor no busca á persuadir, con lo cual su pensamiento gana en concisión y libertad, pues no lo distrae en la vana tarea de prevenir dificultades. Nos habla como si sus ideas fueran las nuestras, como á sus hermanos, á sus iguales en fervor y en desolación. No se defiende de la incomprensión ; antes bien, dando por consabidas las razones intermedias, proclama sus últimas consecuencias en

fórmulas elípticas de una simplicidad desconcertante en vez, de una transparente tenuidad, en otras.

Por eso, para penetrar su verdadero sentido es necesario ponerse en el peculiar punto de vista del autor, é investirse de su mentalidad para conceder á sus palabras el valor y oficio que él les atribuye, que no siempre son los ordinarios : les da un *mds allá*, una perspectiva ideal, y dejan así una resonancia más compleja, como la de un acorde numeroso y vago.



En una literatura como la moderna, en que la atención se dispersa sobre la cambiante multiplici-

dad de los detalles y pierde de vista las grandes líneas eternas de la vida y del mundo, no puede menos de sorprender esta obra que deliberadamente ignora las contingencias individuales para no atender sino á las profundidades elementales y simples, de ordinario ocultas á los ojos del artista, tras la engañosa y multicolora superficie de las apariencias sensibles. — La tendencia á agotar un asunto bien delimitado, á analizar un carácter anatomizándolo hasta en sus mínimas adherencias é indagando sus orígenes remotos, ha borrado las grandes perspectivas del destino humano, y ocupada en desmontar el mecanismo de las acciones, ha dejado casi intactas las reservas de misterio en el interior de las almas.

Es preciso seguir á este buscador de vías nuevas. El interés de su obra renueva nuestras sensibilidades, un poco embotadas ya al contacto de las *superficies* que la literatura realista copiaba del natural.

A pesar de la voga inmensa del realismo, — del cual el naturalismo zolesco no fué sino una excrecencia monstruosa, y en cierto sentido, admirable, — algunos espíritus clarividentes presintieron que la verdad llamada entonces realista no era la que podría nutrir por largo tiempo un gran arte ni satisfacer las más altas, — que son las más tenaces, — aspiraciones

humanas. La reproducción exacta y minuciosa de la vida corriente, si bien ejercitaba y lucía la habilidad de los artistas en dar relieve y colorido nuevos á cosas neutralizadas por el trato cotidiano, no ofrecía el ambiente que buscan los que acuden al arte con la necesidad, más ó menos consciente, de cambiar de vida, de reposarse de la realidad; necesidad que no es peculiar á las almas aquejadas de un incurable idealismo, sino común á todos aquellos que, no satisfechos con lo que les rodea, quisieran simplemente otra cosa, ó, por lo menos, una visión nueva, una interpretación más honda de sus vicisitudes... ¿Y no son éstos el mayor número? Lo cual no significa que hayamos de volver á los cuentos de *Mil y una noches* ni á los libros de caballería. Dentro de la vida misma hay fuentes de verdad y de emoción aun vírgenes. Pero ya de la lectura de aquellos inventarios de mediocridades, — sin contar los que detallaban, con una vulgar salacidad, espectáculos viles ó grotescos, — sólo se desprendía un relente de tedio y de acre tristeza que, si en las raras obras maestras alcanzaba la sombría grandeza de un pesimismo sistematizado, en las de menor cuantía era simplemente un síntoma de oscura depresión, de malestar y de esterilidad. Bien se sentía

que aquella exactitud no enseñaba nada, que esa pretendida identidad con la vida real no era sino superficial, que, en suma, esa verdad no era la verdadera; la cual se hallaba más adentro ó más allá.

No era todo el hombre, como lo pretendían, ni siquiera la más humana parte del hombre la que ponían en relieve al reproducir la materialidad de sus actos. Porque ningún acto traduce fielmente su origen interno ni obedece tan sólo á causas determinables; como tampoco realiza por entero ninguna vida las posibilidades que esperan en su profundidad.

Mientras los realistas se ciñen á la copia estricta ó á la pobre interpretación de los actos de un hombre según sus motivos inmediatos, Barbusse nos hará ver la aspiración desmesurada que duerme en todo corazón y muestra hasta en los más miserables la raza de los hijos, aun encadenados, de Prometeo.

Los copistas de la realidad descuidaron ó desconocieron la verdad esencial por aplicarse á la reproducción de las apariencias sensibles; y así, por ejemplo, en los revueltos apetitos de la carne no descubrieron el anhelo profundo, el fervor desviado y ciego.

La mera reproducción de la vida aparente no

nos satisface, no puede satisfacer por largo tiempo; y, de ser practicada como cánion exclusivo, redujera el arte á muy estrechos límites. En toda creación del espíritu buscamos naturalmente un significado transcendental, una visión nueva del mundo, una revelación de los misterios del propio corazón, pero no en sus yerros accidentales, sino en su ley, en su ritmo vital: por eso, amamos tan sólo con amor durable las obras que nos dan de nuestro destino, en reprobación ó en apoteosis, en esperanza ó en desolación, una imagen transfigurada.

¿Quién rele hoy la epopeya de los Rougon-Macquart? Y es que los hombres solamente aman de veras las obras que los redimen de su esclavitud al afanar cotidiano. Nadie está contento dentro de sus límites; todos, sin cesar, quieren sobrepasarlos; y el arte, en verdad, no tiene otro origen ni fin que liberar á los hombres de sus vidas mediocres, acerearles un poco la prisión en que ahogan. En último término, las ficciones del arte no son sino medios de huir. Pues no sólo aquellos en quienes un excedente de imaginación, de temperamento ó de cultura ha despertado ímpetus mayores y necesidades más elevadas, sino también los humildes que ignoran, los que penan al rededor de una tarea mezquina, todos

guardan en sí, vigilante y perseverante, el culto del Hombre.

Y aunque la obra de Barbusse no celebra las hazañas ni los destinos de un héroe que encarne las aspiraciones de un pueblo y de una época ó de todas las épocas y pueblos, en ella encontramos ese respeto de la criatura humana, dramatizado por el sentimiento de su soledad en medio de la naturaleza bruta y ciega que parece desconocerle, legitimado por la convicción de que su miseria y su grandeza no son sino dos aspectos de un mismo destino indivisible é incambiable, de una contradicción que se resuelve en la profundidad de sus entrañas. Dramático dualismo que Barbusse suele presentar á lo vivo en seres pobres y desamparados que nada pueden en su oscuridad de siervos, pero en quienes se ve que, si las alas estan rotas, el ímpetu del vuelo palpita intacto en sus corazones.

*
* *

Barbusse es ante todo un poeta. Poeta inquietante, atrayente por la singularidad de las ideas y la profundidad de los sentimientos. Su originalidad le viene, sin duda, de una excepcional facultad de amplificarlo todo, de vivificar, de humanizar los objetos, de exasperar las sensaciones hasta alcanzar no sé qué patética gravedad que desborda de los límites de la verdad normal.

Poeta antes que novelista, viola sin reparo la verosimilitud de las apariencias, en su afán inquieto de llegar á la verdad recóndita, á la verdad esencial. Así, principalmente en *L'Enfer*, ninguno de sus cuadros reproduce escrupulosamente la realidad exterior, y las pálidas figuras que se mueven en una perspectiva de sueño no anudan intriga alguna cuyo desarrollo escénico pida un mañana, una continuación: cada uno de estos personajes parece vivir, mientras está ante nuestros ojos, toda su vida, con toda el

alma. Todos, aun cuando se hallan ocupados en los actos más usuales, se expresan líricamente, en un lenguaje inspirado y vehemente que nada tiene de común con el platicar ordinario, pero de una fuerza, precisión y claridad tales que el lector no puede sustraerse á una impresión de vida plena y palpitante. Los episodios se siguen descosidos, improbables, pero alucinantes. Se siente que el autor va transportado por su poder creador como por una fuerza externa ó por una alucinación : de ahí que la emoción brote irresistible y fije en páginas vividas las más extraordinarias visiones : nadie puede decir que no ha vivido de verdad lo que tan hondamente le ha estremecido.

Temperamento excesivo, descarga su potencial en sensaciones extremas : la exaltación y la desolación de los sentimientos, la grandeza y la miseria del corazón, la absoluta soledad del hombre en el universo y la nada del universo sin el hombre, y otros contrastes de la realidad y la ilusión, constituyen el ritmo alterno y poderoso de su movimiento lírico. De súbito, las ideas se encumbran, y siguen la carrera de los deseos que, persiguiendo lo infinito al través de cambiantes mirages, van todos á dar á la nada.

Se siente que su anhelar sale de las entrañas : tan

adentro se hunde en la realidad de los dramas; mas pronto se le ve desprenderse de toda contingencia, perseguir apasionadamente en la abstracción un átomo de verdad esencial, un último residuo en el crisol ardiente que consume todas las apariencias.

Y á pesar de este sentimiento trágico de la vida, que mantiene su espíritu tenso y en constante estremecimiento, su sensibilidad guarda intacta, y á flor de piel, una gran terneza, una frescura, y aun se diría una ingenuidad, que vierten á cada página sus suaves bálsamos

No profesa, como pudiera talvez creerse, el desdén de las cosas simples, de las almas sencillas, de los deseos elementales : antes bien, lo desconcertante, por ejemplo, en el héroe de *Les Suppliants* es su genial simplicidad. Y á probar sus dotes de poeta exquisito y tierno bastaría esta figura de Max, que, de otras manos, habría salido convencional é inconsistente como una alegoría.

Su misma predilección por dolores y pasiones de extraordinaria intensidad le lleva á descubrir nuevas reservas de compasión y simpatía. Así, ve á todos los hombres como á incurables mendigos,

cuya pobreza podría agotar todas las riquezas sin dejar de ser siempre pobreza de otra cosa : cada suplicante se siente huérfano de no sé qué maternidad ilusoria, de no sé qué protección imposible.

...Lo expuesto hasta aquí demuestra un exceso lírico que sería abrumador si no encontrara, — pero encuentra siempre, — la expresión justa que le contenga exactamente, sin amortiguar su arranque súbito, sin disminuir su abundosa espontaneidad. Exageraciones ó hipérboles hay, cuya audacia parecería temeraria si una convicción lúcida y plena no las tradujese en imágenes precisas, de un intenso relieve, esculpidas en el metal sólido y dúctil de una lengua muy pura. Así, dejan una impresión de vida potente y concentrada.

El exceso sería el defecto capital de este poeta visionario, si no fuera el camino de llegar á puntos de vista extremos, desde donde se descubre la verdad extraordinaria de las cosas. De ellos se ve que

esta obra, por todos lados, confina con el abismo. Las sombras humanas que la pueblan son las primeras en espantarse — pero sin melodrama ni énfasis romántico — de la grandeza que descubren en su propia miseria y de la sombría fuerza de amor que las ata á la vida... Arrebatado por su pasión, pero siempre dueño de su pensamiento, el poeta va al extremo límite de su emoción, de su idea ó de su instinto sensitivo. Nada se mantiene aquí en las proporciones de lo relativo : ninguna fisonomía es insignificante, ningun deseo moderado; nada de neutro, de intermedio. Aun las cosas que por la indiferencia del comercio diario ó por la natural miopía de nuestros ojos, vemos apenas, desdibujadas y borrosas, aquí aparecen transfiguradas.

- Naturalmente, un libro tal carece de moderación : no pacta jamás con el sentido comun ni busca el acuerdo de un término medio; y, desde luego, las concesiones á las creencias universales no tendrían razón de ser en esta obra impregnada de un individualismo absoluto.



Rara vez se vió transparecer en un estilo tan original una personalidad más, inconfundible. Rara vez se dió una sensibilidad que siendo tan personal vibra tan hondamente á emociones universales, un acento tan apasionado y penetrante así en la afirmación de los principios más abstrusos como en la negación de las evidencias más elementales y comunes ó en la confirmación de creencias latentes en el corazón de todos, pero deducidas por él, con una lógica atormentada é implacable, de casos los más turbadores y misteriosos.

Su complejidad desborda de toda fórmula sintética que quisiera abarcarla y es difícil descomponerla en elementos distintos. Su sensibilidad es tan compenetrada de inteligencia que no se sabe si

es el ardor de su lirismo ó la lucidez de la concepción lo que da á su estilo tal fuerza comunicativa : lo cierto es que hay en su acento una secreta virtud emocionante y persuasiva que nos gana y pliega á su sentir.

A su visión, toda de interioridades, la verdad es translúcida. Sabe desentrañar aquello que las más ordinarias sensaciones recelan de ignorado como también renovar con una imagen inesperada ó un epíteto nuevo los lugares comunes más asendereados. El hábito no embronca la acuidad de su percepción. Así, por ejemplo, si olvida á veces la mirada en la contemplación de las humildas cosas familiares, es porque las siente vagamente humanizadas al roce de la intimidad cotidiana : las ve casi indistintas, como despojadas de su propio carácter, lentamente impregnadas de la vida á que han servido con su dulce pasividad : le son emocionantes como rostros de silenciosos amigos.

En sus cortas y raras descripciones, las cosas aparecen como lejanas y flotando en una especie de mirage. Barbusse es como un pintor que desdeñara el paisaje y las naturalezas muertas por faltos de significación y trascendencia, y afanara sólo en traducir aquella gravedad permanente que se descubre

aun en los rostros más fútiles y que les viene del simple hecho de dar una expresión inteligible al enigma de su existencia. Poseyendo, gracias á su intuición de las profundidades, un sentimiento casi religioso de la vida, se asombra de verla transparecer con todo su misterio en el rostro humano. Así, en las veladas familiares, junto á la lámpara, desatento á las lecturas con que su padre le amaestraba, Maximiliano escuchaba sólo el rostro del anciano : admirábale como un geroglífico del infinito que dentro de sí encerraba aquel dios familiar y modesto á quien debía el milagro de existir... Por eso ve un poco absorto todos los rostros humanos : le atraen, sin más que su aparición, emergente siempre del misterio.

Y, no obstante lo irreductible de los medios de expresión de un arte á los de otro, las medias tintas, un poco monóchromas, de su estilo sugeridor, rico en penumbras y vaguedades, la simplicidad de líneas que reduce el dibujo de las figuras á lo esencial, despojándolas del detalle particular y del color aparente y bañándolo todo en una igual luz de sueño, nos hacen pensar invenciblemente en la penetrante y difusa manera de Carrière. Sí ; el sentimiento algo extático que se experimenta ante una de esas « Maternidades » del grave y tierno pintor, consueña con

la emoción producida por ciertos cuadros del poeta. Ambos ceden á la fascinación de los rostros, dejando el resto esfumarse en un fondo monótono de misterio : porque la suprema floración de la vida se entreabre en los labios y en los ojos humanos, como una revelación pálida de lo que permanece en las ignoradas profundidades.

Llegado á la perfecta posesión de su arte y dotado de un don verbal extraordinario, tan pronto parece complacerse en dar formas múltiples á una idea ó en perseguir una pasión hasta sus últimos meandros, como en resumirlas bajo fórmulas de una concisión quintesencial, sobrentendiendo en una síntesis rápida y segura un gran número de ideas intermedias.

La claridad de la concepción y la amplitud del movimiento dan á su poder de expresión un curso abundante y magnífico : se le siente demasiado pleno, pronto á desbordar en olas de un lirismo inagotable; pero va, sobrio y rico, preciso y matizado, contenido por un tacto sutil y justo dentro de las proporciones y necesidades del designio esencial.

Su estilo tiene no sé qué de flotante sobre la precisión estricta de los términos, que le viene sin duda de su interna musicalidad. Lo que á veces parece en él un exceso de expresión, no es sino el extremo

lógico de una convicción que va hasta el último límite accesible : entonces, la suprema tensión del pensamiento se desata en una relampagueante vividez de imágenes que deslumbran por lo inesperadas. Mas, á menudo se encuentran tambien, encerradas en una palabra sola, las impresiones de más vasta repercusión interior. Y conforme al doble genio de la obra, imágenes y comparaciones revisten casi siempre dos significados : uno que da directa é inmediatamente la impresión sensible, de un modo gráfico, con un sorprendente relieve realista y que implica una sensibilidad en extremo vivaz ; y otro que sugiere su valor simbólico, su trascendencia ideal y que viene comprendido en el primero como el perfume en la flor, como el eco en la voz.

Mas, ¿ cómo hacer comprender, á quien no le ha leído, esta cosa que necesita ser directamente sentida y da el *tono* peculiar á estas expresiones ó ideas que pudieran parecer comunes á muchos, — quiero decir el acento ó entonación inimitable que matiza y subraya la intención y que es al estilo lo que la inflexión y el timbre son á la voz, lo que la expresión es á la fisonomía ?

La tentación de citar páginas enteras se impone, en este caso, como una necesidad ; pero, de ceder á

ella á cada paso, volveríase inútil mi trabajo ó tendríase que cambiar de propósito y de plan. Además, la lengua ductilizada por este artista inimitable, no hallaría su equivalente exacto en castellano : anquilosado por escrúpulos de un secular academismo, á tal punto que no han sido bastante á flexibilizarlo los esfuerzos de las nuevas generaciones, el español no se prestaría sin violencia ó temeridad á decir lo que aquí no es sino desenfadado y elegante agilidad en plegar la palabra escrita á las exigencias más sutiles.



Si estas ideas, por su extrañeza, necesitasen una

justificación sistematizada la hallarían en la anti-
guísima tradición idealista que de Platon á Renou-
vier ha negado al mundo exterior una realidad inde-
pendiente de la del sujeto.— Porque el problema que
corre de un extremo á otro de estos libros, á descu-
bierto ó bajo las imágenes múltiples de la poesía, es
el que confronta el pensamiento del hombre con el
universo y pregunta si podemos conocer directamente
algo real, ó si de la verdad lógica puede inferirse
la realidad objetiva.

Es el problema originario, que se plantea á la en-
trada misma del dominio especulativo : saber el
valor, la medida, el alcance de nuestra facultad
cognoscente.

Claro está que la legitimidad, así absoluta como
relativa, de nuestra verdad, depende de la natura-
leza y competencia del instrumento mediante el cual
la alcanzamos. Habría pues, que comenzar por exa-
minarlo.

Los escépticos pusieron siempre en duda el dere-
cho de nuestras facultades á erigirse en criterio de
verdad, no sólo por su permanente posibilidad de
errar, sino por la falta de otro criterio superior que
controle la autenticidad de sus resultados, aun de
los tenidos por incontestables : mientras sea nuestra

razón quien juzgue de la razón humana, su juicio no podrá ser sino relativo, y diríamos provisional si existiera un tribunal ante el cual apelar. La razón humana no es sino el criterio *humano* de la verdad, es decir, no tiene ningún valor trascendental, objetivo.

Al contrario, el dogmatismo enseña y el sentido común cree firmemente que nuestras facultades reflejan la realidad exterior á la manera de un espejo fiel, que nuestras impresiones son la copia adecuada de los objetos que las provocan. Pero un exámen crítico de nuestras percepciones, y hasta las ilusiones naturales á nuestros sentidos, así como la diferencia de sensaciones producidas por un mismo objeto en varios individuos, nos hacen ver que nuestros órganos no pueden transmitirnos la realidad sin adaptarla á su forma y capacidad : de tal suerte que es fácil concebir que, si fuéramos conformados de otro modo, sentiríamos diversamente y en consecuencia atribuiríamos á la realidad una manera de ser diferente de la actual.

Y, puesto que no conocemos las cosas sino á través de nuestros órganos, puesto que la verdad que de ellas nos viene, al pasar por estos conductos de nuestra sensibilidad, se adapta á su potencia y configura-

ción, no puede decirse, propiamente hablando, que conozcamos las cosas tales como son en sí, sino cuales llegan á nuestra consciencia, inevitablemente modificadas por el intermedio de nuestras facultades.

Y no conocemos de ellas sino la parte que las impresiones de nuestra consciencia nos revelan; es decir, ellas no existen para nosotros sino á título de modificaciones subjetivas.

En verdad no conocemos las cosas, sino nuestras sensaciones é ideas de las cosas : términos distintos, correlativos, sin duda, pero no equivalentes. Mas el sentido común confunde naturalmente la sensación con el objeto, y sin pararse á pensar en la primera, pasa directa, inmediata é inconscientemente al segundo. De ahí que tome por realidad intrínseca al objeto las apariencias de que le reviste nuestra representación : de ahí que, por el inmemorial ejercicio del espíritu, por la inconsciencia necesaria á su destinación natural en la práctica de la vida, tomemos estas representaciones por objetos de todo en todo independientes de nuestra concepción y existentes por sí, como si nada nos debieran.

Mas, en verdad, no tenemos medio de probar que nuestras percepciones y juicios nos den lo que puede

ser en sí la cosa que los ha motivado. Antes bien, para llegar á la realidad, sería necesario que entre ella y nosotros no se interpusieran nuestras facultades cognoscitivas con sus lentes especiales. Pero, como sin ellas somos ciegos, no podemos obtener de la realidad sino la imágen ó signo que ellas nos transmiten.

Si no conocemos más que nuestras sensaciones é ideas, no aprehendemos los objetos fuera de nosotros, sino dentro del campo y en la luz de nuestra consciencia. Nada prueba en contrario el que ellos nos aparezcan en un punto del espacio y en un período del tiempo, pues espacio y tiempo no son propiedades reales de los objetos ni existen por sí mismos. No es necesario recordar aquí cómo Kant, analizando las nociones de espacio y tiempo, las redujo á meras necesidades subjetivas de la representación; consideradas en sí mismas, son dos abstracciones indeterminables, dos vacíos. Por eso las llama él mismo *formas puras de la sensibilidad*, ó sea, condiciones *a priori*, indispensables al ejercicio del sentido interno.

... Pero que el tono de mi exposición no haga olvidar que lo interesante, para nosotros, es la manera

con que el poeta dramatiza aun estas sutilezas ideológicas. En efecto, la ilusión del espacio con los espejismos de la distancia, los mirages, las perspectivas y el vértigo de lo ilimitado; la ilusión del tiempo, con el abismo del pasado, la irrealidad del futuro y la inasible instantaneidad del momento presente, le arrancan á la confianza en las apariencias sensibles, para hacerle vivir cada instante de la vida como una victoria sobre el misterio y la nada que la circundan.

Estamos, pues, lejos del realismo vulgar que cree cojer la realidad con las manos y conocerla en sí: sabemos que el mundo no es sino un conjunto de impresiones exteriorizadas y unidas en haces inteligibles por el trabajo espontáneo y necesario del espíritu.

Pero ¿de dónde vienen tales impresiones? Es preciso que una causa exterior y existente en sí misma las produzca, pues no hallamos en nosotros la razón suficiente de ellas.

Sí; la necesidad de concebir algo real al fondo de todas nuestras representaciones se impone como una exigencia ineludible de nuestro espíritu. Pero ese algo real, — cuya existencia nos es asegurada por el

principio de causalidad (principio de origen y valor puramente subjetivos), — como el *substratum* que se halla detrás de las apariencias visibles y palpables, nos es inaccesible. Inaccesible como las estrellas más lejanas, á pesar de que le vemos y palpamos. Como éstas, ese algo real no hace sino enviarnos sus rayos : no conocemos sino su irradiación. O más bien, quien despide los rayos es el pensamiento. El hombre es, para Fichte, la lámpara que luce en el vacío universal : la luz que proyecta crea las cosas, de suerte que éstas no son sino en ella y por ella. Y no sólo no podemos ver ninguna realidad desnuda, mas ni siquiera podemos pensarla sin que ella deje de ser lo que es para convertirse en pensamiento, en dependencia nuestra. Pues, como aquel rey millonario de la leyenda que murió de hambre porque convertía en oro cuanto tocaba, el pensamiento no puede llegar á la realidad porque transforma en pensamiento todo lo que toca.

¿Cual es, pues, la realidad? Existe una realidad cualquiera? Es la materia bruta, el hecho mismo que creemos ver y palpar? O sólo es real la sensación de ver y palpar? ¿Es la realidad una inconsistente construcción de sensaciones, combinadas y exteriorizadas por la actividad inconsciente del espíritu

excitado por una sollicitación desconocida, por una causa que yace, inabordable, bajo la substrucción de apariencias que alucinan á nuestras facultades?— No será el mundo una ilusión del poder creador, una milagrosa proyección de las células pensantes, que elaboran en la vigilia un sueño más harmónico y durable, pero de naturaleza semejante á la de los sueños nocturnos?...

Descartes, preguntándose de qué podía estar cierto, llegó á través de su duda metódica á un único punto inaccesible á la duda : la realidad del yo pensante, de la consciencia que no podía ponerse ella misma en duda, sin afirmarse por el mismo acto. Pero una vez confinado en ese único punto de certidumbre, le era necesario hallar el pasaje del yo interior al mundo, del sujeto al objeto. Y allí su método claudica, á pesar del aparente rigor lógico con que remonta á la idea de Dios para deducir de su existencia necesaria la de la realidad contingente.

Barbusse, más consecuente y más audaz, se aislará hasta el fin, como en una isla solitaria, en la realidad interior, la del pensamiento, realidad inicial que es como el centro de una esfera cuyos radios son las ideas é impresiones que cubren el mundo con su

trama sutil. « Así, pues, — nos dirá — la persona humana, en su individualidad, en su soledad, está al principio de todo : la persona humana es lo que comienza : las cosas no son nunca solas ; toda cosa termina por confesar un corazón ; todo espectáculo designa, al fin, en la sombra, á alguien. »

Puesto que no conocemos sino nuestras sensaciones, y que todo cuanto pasa dentro del círculo de la experiencia viene á dar, para ser sentido, al centro de nuestra consciencia, las cosas no son sino nuestras sensaciones, nuestras ideas no son sino ideas nuestras. No existe, en verdad, el camino que pueda llevarnos del interior de nuestra consciencia á la realidad exterior. Schopenhauer creía haberlo hallado en la identidad de nuestro querer-vivir con la *voluntad* de la naturaleza ; pero esta última no es sino una entidad metafísica.

El abismo que separa al sujeto del objeto es incolmable ; el puente ilusorio del principio de causalidad que, para salvarlo, habían inventado las necesidades del espíritu, es un abuso de lógica. No podemos salir de nosotros mismos ni los objetos pueden entrar á formar parte de aquel punto en que sujeto y objeto se funden en la unidad inicial de la consciencia. Y sin esta identidad y compenetración de los términos del

conocimiento, la ciencia de la realidad es imposible. No hay ciencia sino de las apariencias. La verdad es el acuerdo del pensamiento consigo mismo : pero lo lógico no es lo real. La presencia, en el entendimiento, en la sensibilidad, en la razón, de ciertos elementos constitutivos y reguladores, que se imponen *a priori* á las cosas y son como los moldes que dan forma y unidad á la varia materia de la experiencia, privan al conocimiento de toda objetividad posible. Las ideas no enseñan nada real. No vemos en las cosas sino el reflejo del entendimiento.

Todo nos condena, pues, á nosotros mismos.

« Escucho la metafísica, dirá Barbusse. Recorro los libros, consulto á los sabios y los pensadores, reuno todo el arsenal de certidumbres que el espíritu humano ha reunido ; escucho la grande voz de aquel que hizo pasar todas las creencias y todos los sistemas por el tamiz de su razón terrible, y leo esta misma verdad que se impone á mí : No se puede negar el pensamiento que se tiene del mundo, pero no se puede certificar que él existe fuera del pensamiento que de él se tiene. No, no es seguro que la verdad que comienza en nosotros continúe en otra parte. De toda la filosofía pasada, no queda sino este comandamiento de evidencia que pone en cada uno de nosotros el prin-

cipio de todo... El mundo, tal como se nos aparece, no prueba sino nosotros, que creemos verlo. »

El lector habrá visto en todo esto la grande sombra de Kant. Pero de su idealismo, que admite la realidad objetiva aun cuando la reconoce inaccesible, Barbusse pasa al idealismo absoluto de Fichte, en el cual la única realidad es el yo, mientras el mundo sólo existe como un producto de la actividad espontánea del espíritu.

No dejo de creer que Barbusse conozca el tratado de la « Destinación del Hombre », y aun, que haya entrevisto en él la posibilidad de hacer con las mismas ideas una obra menos pesada. En aquel libro — el menos oscuro y confuso del escritor alemán — dialogan el filósofo y un Espíritu á lo largo de tres jornadas, que son como los tres actos del drama de comprender.

El filósofo quiere conocer su naturaleza. Se ve solo y perdido en la inmensidad, parte infinitamente pequeña de un todo sin límites... Parte integrante, sin embargo, y en cierto sentido, idéntica al todo. El enigma de su propia naturaleza será pues el mismo que el del mundo : quiere, por tanto, reconocerlo en las cosas. Pero éstas le aparecen diversas, contradictorias é inestables. Es la etapa de « la Duda ».

— Sólo una cosa es innegable : la sensación, es decir, las modificaciones sucesivas de su consciencia y la permanencia de la misma. Ahí está pues la fuente de la ciencia... Pero ¿qué encuentra en la consciencia? Nada más que el sentimiento de ser afectado de tal ó cual modo. De ahí no puede pasar á los objetos que la modifican sino en virtud del principio que exige una causa á todo cambio; principio de origen interno, pues no viene comprendido en la sensación y es anterior al conocimiento de los objetos puesto que él lo condiciona. Necesidad constitutiva del espíritu, no tiene, por lo mismo, sino un alcance subjetivo. Luego las cosas que no existen sino como inducciones de este principio, no tienen más realidad que él, es decir, no existen sino en el pensamiento. « La Ciencia » le hace, pues, ver que no puede estrictamente saber sino su propia consciencia; lo cual le condena á la soledad del yo.

Pero él no puede demorar indefinidamente frente á ese espejo falaz, contemplando aquel vano juego de reflejos sin realidad : porque algo le impele sin cesar á salir de sí, á cumplir su destino, que no es contemplar sino obrar, á marchar en el mundo de las apariencias como si fuera un mundo real. Una voz interior, pero irrefutable, le dice que en él tiene

un deber que cumplir y que es necesario obedecer; de ahí esta tendencia irresistible, irrazonada, primordial que nos lleva á realizar nuestro pensamiento: porque la acción es lo propio del hombre, es la destinación de todo su sér.

Mas, para obedecer á aquel impulso irreductible de acción y á aquel mandato imperativo de la conciencia, ha menester de creer en la eficacia de su exteriorización, es decir, creer en la realidad del mundo dentro del cual se cumple. Y así, por un acto de fé, por una espontánea *creencia*, consolida bajo sus plantas el terreno minado por la *duda*, y puede obrar en ese mundo cuya entrada es inaccesible al *conocimiento*.

De modo que, siguiendo una curva inflexible y natural, la Duda le lleva á conocer, por toda Ciencia, su imposibilidad de saber: pero su íntima naturaleza que, más que la otra, tiene horror del vacío, le impone la necesidad de una « Creencia » vital, la cual restablece una realidad, de otro orden que la buscada intelectualmente, pero connatural al genio de la humana especie y necesaria á su destinación.

Barbusse le acompañará hasta el fin de la segunda jornada: mas no en nombre de un deber, no por una necesidad moral, sino por el anhelo infatigable

del corazón que nos guía hacia las cosas y los seres y sin cesar nos empuja á la vida, aceptará el mundo como un mundo real.

El autor pertenece pues á la serie de pensadores idealistas que niegan al mundo una realidad objetiva y cuyas cogitaciones son talvez la parte más brillante y osada de la historia del pensamiento humano.

Este subjetivismo radical, llevado por la lógica abstracta á sus últimas consecuencias, llega al individualismo absoluto, á la soledad del yo. Porque mis semejantes son para mí seres distintos de mí sér al mismo título que los demás objetos cuya realidad me es inaccesible. Cada cual — y en rigor no hay sino uno, un yo, — está solo en el universo. Ó más bien, constituye por sí solo todo el universo. Barbusse lo dice audazmente : « Nada prevalece contra lo absoluto de decir que yo existo y que no puedo salir de mí; y que todo : espacio, tiempo, razonamientos, no son sino maneras de representarme la realidad y como vagos poderes que tengo... Todo está en mí, y no hay jueces, ni barreras, ni límites para mí... No se puede decir sino una cosa : Soy único !... » Y en otra parte : « Soy solo, solo. Solo

como un mundo que va con todas sus multitudes y todas sus estrellas y todo su fuego profundo... »

El poeta hallará en este confinamiento del hombre en sí mismo, el sentimiento de una soledad, no ya moral ó sentimental, sino absoluta y metafísica, que le arrancará profundos y nuevos acentos. Y ante la irradiación de esta soledad que puebla el espacio y el tiempo de apariencias que son para él toda la realidad, el hombre no puede menos de admirar la grande y triste magnificencia de su destino.

Tales son, en pobres términos inhábiles, los problemas que Barbusse resuelve con sabia audacia en el sentido del triunfo supremo del subjetivismo idealista ; y es de ver con qué feliz riqueza de invención poética multiplica las facetas de este individualismo cuyas consecuencias abarcan toda nuestra actividad vital.

A lo largo de su obra, el hombre aparece como un demiurgo platónico que irradia su poder generador en el mundo de las apariencias. El velo de Maya, tendido sobre ellas, le impide ver que está solo ; mas el poeta lo desgarrar, para hacerle comprender su grandeza inconsciente de creador que se da en el tiempo

y en el espacio el espectáculo del universo, por cima del cual despliega sus dos alas de infinito: el pensamiento y la voluntad.



Si el hombre no conoce nada que no sea su propio pensamiento, si no puede salir de sí mismo, está solo, es solo. Su soledad esencial es absoluta, se extiende al infinito, pues en él no halla sino el mirage de su imaginación. Y á medida que su soledad se ilumina, su poderse magnifica, pues afirma más esplendidamente la fuerza de ilusión con que la puebla.

Nada hay fuera de él; que si algo hubiera ya no sería solo. Pero decir que el hombre es solo, no

significa privarle de su mundo, despojarlo de las cosas y seres que le circundan : cada uno va al centro de su universo como un sol en medio de los planetas que reciben su luz ; cada uno lleva consigo toda su verdad, de suerte que, al morir, la arrastra toda consigo.

El mundo no es sino su pensamiento de un mundo, su manera de representarse el espectro de una realidad incognoscible. Pero él lo ignora ; aun más, lo desconoce : para creer en ello, le es menester deshacerse del hábito inmemorial siguiendo el cual el pensamiento se olvida de sí para someterse á aquella realidad que tiene su fuente de verdad en él. El no lo sabe : pero va, « ciega obra maestra de la verdad », realizando sin cesar el prodigio de su irradiación.

Realizando, sobre todo, el prodigio de su corazón : como en la filosofía schopenhaueriana, aquí la inteligencia no tiene sino una importancia derivada y secundaria en el sér : es su querer lo que le constituye : *primum vivere*. Lo que se es de verdad aparece menos en el pensar que en el querer.

« Ser inteligente, dice, es saber explicar su corazón en palabras. » Y el hombre no es sino su corazón : ese es el yo profundo. Yo quiero, luego soy, es una certidumbre más inmediata y primordial que le el

apriorismo cartesiano : es la afirmación primera de la vida, anterior al replegarse de la consciencia sobre sí misma ; porque se es, ante todo, y ciegamente, voluntad de vivir, fuerza infinita que tiende sin descanso á sobrepasar los límites del momento presente y de la forma actual, que le contienen siempre estrechamente. La voz de esta voluntad en todos sus sentidos, Barbusse la llama nuestro corazón ; y éste obedece en todo á una ley muy simple : quiere lo que no tiene ; y es, por lo mismo, un desear jamás satisfecho y sin cesar renaciente...

De ahí su miseria al mismo tiempo que su inmensidad... Inmenso, nuestro corazón, porque en vano se le cree contenido en límites determinables, encerrado por el hábito, la ignorancia, la indiferencia ó la fatiga dentro un círculo más ó menos vasto. Su fin está siempre más allá ó en otra parte ; y si, ya de un vuelo, ya á paso tras paso, de deseo en deseo ó en un raptó de pasión, llega á un término cualquiera, no es sino para partir de nuevo hacia otra meta.

La insuficiencia de toda posesión no proviene, pues, de la pequeñez de la cosa poseída : así fuera ésta la mayor posible, no bastaría á aquietar el afán ilimitado que somos. El mal está en nosotros, en los adentros. « Si se sufre, no es por debilidad ; es por-

que se abre por encima de toda cosa real un excesivo é infatigable sueño. Por esto no hay refugio para nosotros »...

Así, pues, nuestra miseria se confunde con nuestra grandeza, porque es la fuente del anhelar que puebla el cielo con su esperanza, la tierra, con sus mirages, nuestra soledad esencial con sus amores y su ilusión de la semejanza fraternal, por la cual son caros á nuestro corazón los compañeros que con nosotros cruzan nuestro desierto.

Si no hay otra cosa que nosotros, si no hay en nosotros sino un corazón que oculto en el misterio extiende á todo su poder sin límites, esta soledad y desamparo prueban nuestra inmensidad: mientras más desnudo y suplicante aparece en medio á la confusión de las apariencias, más fuerte es, en la verdad pura, el hombre que con nada se satisface.

Ya Pascal vió en el corazón humano un abismo infinito y vacío que aspira á colmarse. Quien, como el mismo Pascal, se refugia en el desdén y renunciamiento de toda cosa porque sólo ama una perfección imposible, es tan ávido como aquel que consume toda su vida en pasar de una ilusión á un desengaño y de éste á una ilusión.

Porque la grande fraternidad es esa: la imposibi-

lidad de contentamiento. Las desemejanzas, la discordia vienen de cosas secundarias y derivadas, de los caracteres divergentes, de las ideas contradictorias, de todo lo que, como una segunda naturaleza, recubre la desnuda esencia del vivir: desear otra cosa.

Y todo el drama de vivir consiste, universalmente, en esta desproporción entre lo que el hombre quiere y lo que puede, entre lo que puede y lo que logra realizar en el mundo exterior. Todo su sér profundo se exhala en un reclamo inmenso y vago de felicidad; pero, juguete del azar, prisionero de la materia, aun en medio de sus semejantes está obligado á disminuirse, á empequeñecerse, él, que no es, por naturaleza, otra cosa que el deseo de realizarse íntegramente, de traspasar todas las barreras, de ser más y más.

... Pero si el hombre pudiera realizar toda su humanidad, si cada individuo viviera su verdad íntima, si, por lo menos, pudiera mostrarla intacta, en toda su sinceridad, la convivencia social sería imposible. Porque la verdad desnuda, la sola verdad viviente, es la de su egoísmo, de su instinto de dominación, el que, á su vez, no es sino la forma de la voluntad

de vivir que lo empuja desde el seno de las fuerzas cósmicas. Por eso el hombre « es enemigo del hombre », y para andar por las ciudades, la fiera de los bosques primitivos ha menester de un bozal. La consciencia moral no basta : un soplo profundo de las entrañas, una pasión la barre del campo conquistado á fuerza de convenciones seculares. Lo que llamamos consciencia moral es una mera adquisición colectiva, un fenómeno de la evolución social, que cambia con los tiempos, las razas, las latitudes : es como un palimpsesto en que los siglos han inscrito, unas sobre otras, sus diversas leyes.

El estremecimiento de terror y de confusa admiración que nos sacude á la vista de un crimen, no es sino el deslumbramiento causado por la súbita aparición de la verdad verdadera que osa, de vez en cuando, mostrarse en toda su desnudez. No de otro modo se impone la visión inolvidable del mendigo que Barbusse nos presenta en una escena shakespeariana, atravesada por un monstruoso frenesí de sinceridad. Ha robado, ha violado, ha asesinado : ha dado vida á toda la verdad de sus entrañas, ha realizado íntegramente su naturaleza. Es la « bestia de la verdad », nombre que le designa como una marca dantesca. Arrastrado ante el tribunal de los hom-

bres, siente en sí « una justificación espantosa, pero justa ». Al cometer esos horrores, había querido « hacer una gran obra de amor y de felicidad. No lo ha logrado. Pero lo había hecho á causa de la forma cruel de la felicidad ». « Porque, para ser feliz, el hombre quiere lo que no tiene, y quiere siempre otra cosa... ¡Ah, sin cesar, tender la mano, como un mendigo, como un ladrón!... »

« La verdad, hela aquí, — dijo Max. La verdad no es otra cosa que el encarnizamiento de nuestro corazón. Este hombre se ha vuelto loco en fuerza de parecerse á su corazón... Este miserable muestra lo profundo del hombre, y al escucharle, confesamos... No se puede vivir en sociedad según la verdad, he ahí todo. Es necesario conformarse al orden, pero este orden no es el verdadero. Es necesario vivir una mentira. Como se admita la apariencia de las cosas en la vida cotidiana, se admite la apariencia del principio artificial de la armonía social. Es la consecuencia de la contradicción extraordinaria que hay entre un hombre y los hombres... Y ante esta contraverdad superficial, el esplendor de nuestras pasiones y de nuestros deseos tiene que martirizarse, matarse. El hombre, que lleva el mundo en el recinto de su pensamiento y de su corazón, no es, en

medio de la apariencia de los hombres, sino la apariencia de una sombra... »

El hombre lleva en la imposibilidad de salir de sí, en su soledad interior, la secreta fuente de las tristezas del amor. Porque el amor es, precisamente, el esfuerzo extremo por acercarse á otro sér, por confundirse en uno solo con él : ser el uno del otro, no ser sino un corazón, un solo corazón, dicen los amantes. El deseo viene y une las manos y une las bocas y mezcla las entrañas profundas; pero en la brevedad bestial de su satisfacción destruye todo

mirage, y aparece, tras el desencanto, la imposibilidad de la unión. « El hombre se levanta como un espectro contrario, como pensamiento » mientras la mujer, más humilde y pasiva, gime la inutilidad de todo su sér que se ofrenda, de su belleza que pierde todo prestigio ilusionante. « El horror de lo que acaba de extasiarles, críspa sus faces » y se asombran, cada vez, de haber caído de tan alta exaltación á esa especie de triste envilecimiento. No es la fatiga física lo que encorba sus cuerpos lacios; en ese instante de clarividencia ven la nada de todo. ¿ Para qué recomenzar la comedia amorosa del egoísmo? Cada cual, encerrado en sí mismo, no puede ni darse ni recibir. ¿ Será que el amor es una mentira?

No; es una gran verdad. Lo que no existe es la satisfacción, el reposo; pero la necesidad y el esfuerzo son reales, y en ellos está la vida. La posesión plena y constante, sería la muerte del sentimiento que no vive sino de la intermitencia del placer por la renovación del deseo.

Y el amor, que no es, como la felicidad, sino « el sueño de los desgraciados, es grande y verdadero como los desgraciados. No existe sino en temblor, en vértigo, en pobreza, dentro de los corazones : en sombra llena de estrellas ».

Y aquietarle no puede posesión alguna : « el amor es más fuerte que todas las mujeres, como el corazón es más fuerte que la felicidad ».

Estos libros agotan todas las formas del amor humano, desde el deseo turbio y rampante hasta el éxtasis místico y la maternidad á un tiempo divina y animal. Un denso vaho de sensualidad se desprende de ciertas páginas; pero todo se purifica en el residuo de tristeza intelectual que exprimen.

L'Enfer es, propiamente, el libro del amor y del deseo, pero también el héroe de « Los Suplicantes » llega á conocer á lo vivo toda la oscura fatalidad de amar : desde el momento en que « enfermo de soledad, comprendió que aquello que necesitaba era esta cosa profunda : alguien..., alguien en quien escucharse, en quien no morir »..., hasta que el afán surgido de las entrañas le enseñó que « si somos una sobrehumana pobreza de porvenir y de espacio, somos también la mitad jadeante y desgarrada de una cópula ». Sabe que los amores no son sino abandonos sucesivos y crueles. « Qué de mentiras no se tientan por velar todos los abandonos de la vida, por negar que todas nuestras ternuras, nuestros amores — cualesquiera que sean sus nombres, — están los unos contra los otros. Se dice : un

padre, un hermano, una mujer, no es la misma cosa... Mentira! Es la misma cosa; pues se abandona á uno por otro y el abandono es el abandono. Es la misma cosa en el dolor, en la verdad verdadera, en el abismo que uno arrastra. No se puede vivir sino un grande amor á la vez. Amar es preferir y escoger. es el drama de amar. Cualesquiera que sean los ritos de la unión, no se ama sino un corazón á la vez, no se ama sino una presencia, no se ama sino un rostro desnudo. »

« Los niños, como mezclados aun á la carne materna, no admiran al principio en el mundo más que los bellos ojos de sus madres, enamoradas de su pequeñez : no gustan sino de las sonrientes bocas que están allí, enseñándoles los secretos de la vida y el idilio de mirar la luz... Pero cuando crecen, cuando la atracción de los labios desconocidos palpita, arrancan con furor al beso su vieja significación pacífica y condenan á la inutilidad y á la esterilidad los abrazos filiales : blasfema del sér entero, el amor hostiga á los hijos de sus madres... Se oculta todo esto, se lo niega ; además, no se sabe bien, no se sabe nada. Se es demasiado pobre para saber algo del corazón, esta llaga que se abre sin cesar. »

Y así vamos de amor en amor... « Odio del pasado,

necesidad de lo nuevo, que, sin cesar, quienes quiera que seamos, nos precipita de sér en sér!... ¡Imposibilidad de dejar de amar; fatalidad inmensa y espantosa de amar; terrible dulzura que todo lo devora y hace de nuestros corazones monstruos de infinito!... »



La inquietud que desaloja al corazón de toda posesión presente, no sólo le apresura al porvenir, sino que le desorienta aun más llamándole al pasado. ¿Y cómo volver á él, qué socorro imaginar contra su inmovilidad ? pregunta, en « Los Suplicantes », el viejo que

va á morir. — Como todos los que se acercan al sumidero insondable, el anciano se sentirá poseído por un insensato amor de lo que ha dejado tras sí; créese no haber vivido sino un sueño y quiere revivir su vida, resucitarla del pasado muerto. Con esta ilusión, emprende un viaje al país natal, la tierra de sus recuerdos. Va al pasado, en busca de sí mismo. Va á *recoger los pasos*, como dice, tan bien, la superstición popular... Pero en vano visitará, en apasionado peregrinaje, los lugares en que su juventud amó, esperó, olvidó; en vano volverá á pasar por los mismos caminos, en vano repetirá los mismos actos « por no sé qué pobre imitación de otro tiempo ». Buscará en vano: el pasado es un desierto, lleno, sin embargo, de inencontrables presencias. Nadie desanda lo andado. El minuto que pasa es una barrera invisible que impide retroceder. « Cada paso dice adiós. » Pero, tal es de contradictorio el pobre corazón humano que, justamente, porque el pasado no existe ya ni puede volver á ser, le reclama con tan nostálgico ahinco. Esa es una forma cruel de su destino de querer lo que no tiene. Ese pasado fué el presente, empero. Mas, entonces, lo desdeñó, se apresuró á perderlo. Porque es su ley apartarse de lo que posee para ir en pos de otra cosa. Y eso, sin arranques, sin esfuerzo,

por inocente crueldad y natural inconsciencia. Así, al recorrer por última vez los lugares que antes abandonó sin remordimientos de ingratitud, no podrá el anciano arrancarse á su tardío encanto sin desgarramientos. Ahora ama en ellos lo que no supo amar antes, cegado que vivió por el hábito ó deslumbrado que anduvo por la novedad. Ahora los ama porque ya estarde, no porque ellos sean otra cosa que fueron entonces. Pues las razones de amar no residen sino en el amante.

De todo el pasado abolido, inexistente, imposible ¿qué queda, pues?

El recuerdo, sólo. El yo infatigable que persevera, que atesora, como un avaro, los restos de la ilusión de vivir. El viejo no tendrá sino que poner la mano sobre su corazón para sentir refluir á él toda la vida que de él emanó. Y así dirá : « cuando pienso en mí, ¡qué multitud se derrama! Todo esto, todo eso, todo aquello, soy yo. No hay, en la verdad, sino un solo sér, una sola cosa : yo... » « En otro tiempo creía que había cosas que existían más que nosotros, y decía : cada uno de nosotros es nada. ¡Mentira! Mentiras que uno recibe, ya hechas por los otros, en las palabras. Uno se engaña, á causa de todas las apariencias que ve y de los prejuicios que oye. Pero

poco á poco, cuando uno logra deshacerse del murmullo secular de los errores, los ojos se habitúan al alma. Y se ve que las cosas no son sino sensaciones, y las doctrinas, pensamientos, y los otros seres, caricias ó heridas, y que todo nos conduce á nosotros mismos. Entonces, toda la verdad, es la historia de mi miseria de amar... »



Mas, ¿no desmiente la muerte esta soberanía del pensamiento humano que se proclama la sola realidad, gracias á la cual las otras cosas son? ¿Dónde está, pues, la supremacía de la persona humana, del indi-

viduo, centro del universo, si la muerte, que respeta las cosas en torno, le arranca de en medio á ellas y le anonada? « Todo parece de nuevo en duda. »

El héroe de *Les Suppliants*, en una de las escenas más patéticas de ese libro tan rico de emoción como de ideas, recibe el grito de triunfo de un moribundo:

« Uno no muere : son los otros quienes mueren. Mi muerte, yo no la comprendo, no la veo. ¿Mi muerte? eso no es cierto. Para comprender algo, es necesario rodearlo con el pensamiento, es necesario vivir. ¿Mi nada? eso no es cierto. La muerte no tiene lugar sino en el corazón de los vivos. Sí, todo lo que ha muerto, ha muerto en mí. Era necesario que yo viviese para que todas esas muertes fueran : les era necesaria mi mente, mi vigilia, por tumba. ¡ La vida, siempre, la vida, al principio de todo, la vida, potencia de la verdad ! Quien dice desaparición, dice presencia que asiste, y quien dice muerte, dice vida. Y todo, en definitiva, aun la nada, existe sólo aquí !... Y se veía temblar la mano que se había puesto sobre el corazón, la mano con que se designaba.

« Uno no muere : son los otros quienes mueren : palabras tan sencillas que se puede apenas comprenderlas. Son los otros ; es decir, la muerte no existe por sí misma ; no existe sino en un corazón, en

medio de la grande fiesta inmortal de la vida... La muerte no está en la muerte ; está en la vida. »

La muerte del anciano no está pues en él : está en donde él vivió, es decir, en el pensamiento del hijo bajo la forma del vacío dejado, de la desgarradura abierta en él : la muerte no habita en los cementerios, sino en el corazón de los vivos. El muerto ignora la muerte. La muerte vive en el dolor, el anhelo, el recuerdo, la pasión irrazonada del vivo que pide se le restituya la parte de su propia vida que allí termina. Porque, para cada cual, seres y cosas no son sino en tanto que él existe : por tanto, no puede decir que las cosas continuarán siendo cuando él haya dejado de ser. Las arrastra consigo en su caída.

Y en « El Infierno » hay páginas que desarrollan la misma paradoja profunda.

« ¿ Cómo pudiera imaginar mi muerte, sino saliendo de mí mismo y considerándome como si fuera, no yo mismo sino algún otro ? Uno no muere. Cada sér es solo en el mundo. Parece absurdo, contradictorio, el enunciar tal proposición. Y, sin embargo, es así. » — Se dirá, á la vista de un muerto : le hemos visto morir... Y así moriré yo. Pero no : La muerte de los otros no prueba la mía. — « Ha muerto para nosotros ; para él, no. Siento que hay allí una verdad

terriblemente difícil de alcanzar, una contradicción formidable, pero tengo los dos extremos, mientras busco á tientas un balbuceo informe que traduzca aquello. Algo como : « cada sér es toda la verdad... » Y vuelvo á la palabra de antes : No se muere porque se está solo : son los otros quienes mueren. Y esta frase que brota temblando de mis labios, á la vez siniestra y radiosa, anuncia que la muerte es un dios falso. »

Pero ¿y los demás? « Aun admitiendo que llegue á la sabiduría de librarme del fantasma de mi propia muerte, quedará siempre la muerte de los otros y la muerte de tantos sentimientos y de tanta dulzura... »



Mas la muerte no alcanza á vencernos. Porque tal es la fuerza de nuestra voluntad de vivir, que, ante el espectáculo de la nada en que las otras vidas se desvanecen, la nuestra levanta su más prodigiosa ilusión, exalta su obstinada y confusa esperanza. ¿Qué pedir, más allá de la vida? No se sabe; se pide á ciegas, al azar, otra vida, sin detenerse á pensar que una vida distinta de la nuestra es imposible al sér que somos... No importa : el anhelo de la infatigable entraña no reconoce barreras.

Y no tiene otra fuente la esperanza de felicidad en un paraíso celeste. — Desgraciadamente, la sola forma de felicidad posible para nosotros es la pobre, humana forma, en la cual el placer es inseparable del dolor, pues el uno existe en razón del otro. Para ser felices de otro modo, necesitaríamos ser otros, extranjeros á la tierra, diversos de nosotros mismos. Pero este sér extraño nos sería indiferente ; el hombre se ama tal cual es : ama su desventura incomprendible, como una madre ama á un hijo desgra-

ciado. « Mi pesar de la tierra necesita una consolación de la tierra; pero Dios, cuando se le pide una cosa, responde por otra... » Los suplicantes de este Infierno no querrían deshumanizarse en un paraíso que no pudiera ser hecho para ellos. No quisieran renegar lo que, en su destino, es sombra y lágrimas porque esa misma es la fuente de la luz y de la sonrisa... Y todo cede á este determinismo sombrío. Una misma ley rige y del mismo origen hace brotar nuestras tristezas y nuestras alegrías, la posibilidad de éstas naciendo de la existencia de aquellas.

De este punto de vista, las religiones aparecen como la suprema forma de nuestro desamparo: nuestro grito que clama en el desierto. No las considera Barbusse ni en su aspecto social, ni como un sistema de dogmas, ni como una disciplina espiritual; sino en su principio individual, en la fuente primera de donde brotan como imploración y esperanza. A esta luz, ellas adquieren una patética grandeza. ¿ Hay algo, en verdad, á los ojos de quien sabe que toda súplica es inútil y va perdida, hay algo más vehemente y desolado que el clamar « de profundis »

por un poco de consuelo y la actitud del suplicante que extiende los brazos como crucificándose en voluntaria inmolación ?

Barbusse admirará en la fe, no la concepción, siempre infantil y ciega que la delimita, sino el anhelo que se desmesura, que, saliendo de los límites de lo posible, se pierde en un gran batir de alas por el vacío.

Lo adorable de veras no son las cosas extrahumanas que la fe adora sino el ardor que las vivifica, la ilusión que las evoca ; no es el paraíso de luz, sino la criatura de sombra que hace del propio corazón un ídolo y luego lo desconoce en su transfiguración. Lo que hay de sublime en los ídolos que el hombre ha divinizado, en los ritos que ha magnificado, es la súplica humana que se evade, es la humana esperanza que no quiere morir. Pues los dioses á quienes implora no existen fuera de él como realidad, sino en él como aspiración : que en vez de ser hecho á imagen y semejanza de un Dios, es el hombre quien hace sus dioses á imagen y semejanza de su corazón. — Así, — para citar el ejemplo evocado en páginas de exquisita poesía y delicada emoción, — lo que hay en la dulce madre del Cristo de adorable y divino es lo humano : el dolor, la ternura, la an-

gustia, la maternidad, en fin, con todos sus desgarramientos. Los demás atributos son abstractos, fríos, puramente verbales; nos dejan indiferentes porque nos son extranjeros. Aquello que la emparenta con las madres de la tierra, lo ha recibido del corazón de éstas, quienes la adornan de dolor y desamparo para adorarla hermanablemente, para que pueda comprenderlas cuando, agobiadas al peso de dolorosas ternuras, vuelven á ella los ojos llenos de lágrimas. El corazón adora lo que dora con sus propios reflejos...

Hemos hecho á los dioses el don de un poco de nuestra miseria. Porque la perfección divina es inánime: « la perfección es algo acabado, es la inmovilidad, es muerta; no es alguien, es algo. Tiene todo, todo lo puede, pero nada hace, nada desea », pues se desea lo que no se tiene y el carecer de algo es ya una imperfección...

Por tanto, el atributo de infinidad « no conviene sino á los pobres. No es sino una palabra para los ídolos. Las pobres madres de la tierra que llaman, que lloran, que mendigan, siempre, siempre, sonríen lo infinito, le vierten en sus lágrimas, se mezclan á él trágicamente, le viven. La maternidad sobrehumana es la de las pobres madres desfallecientes y

silenciosamente humilladas de las mañanas y las tardes ».



No hay, pues, sino el dolor que sea de veras. No hay sino el dolor que sea grande. — Confusamente todos los hombres han venerado en el corazón humano la fuente sagrada de las lágrimas. Los poetas han adorado el dolor, reconociendo en él la sublime nobleza de este rey que no encuentra su reino en parte alguna. Las religiones le han cultivado preciosamente, como gérmen y promesa de eternidad. Por cima de todas las alegrías, que son nuestra pequeñez, nuestra puerilidad, nuestra inconsciencia,

todos sienten, «que el dolor es el corazón de la verdad ».

Y la verdad es nuestro corazón.

Perpetuo suplicante, eterno necesitado, pide una cosa y luego otra y luego otra, sin saber que lo que pide es el infinito...

Siempre el reclamo; la satisfacción, jamás. ¡Siempre, jamás! : balanza de la eternidad y ritmo del corazón.

Eso es lo que hay, en su fondo. Busca fuera de sí, lejos de sí, un límite que le contenga, que refrene su desencadenamiento : no le halla, y en su locura de esperar, llena el vacío con su anhelo inmenso.

Y no podemos despojarnos de nuestra inmensidad, y no podemos aquietar nuestras alas de infinito.



Tal es la íntima tragedia de nuestro destino. ¿Hay una consolación?

Ya que en el mundo estamos solos, el consuelo no puede estar sino en nosotros. Este poeta nos dirá : « no hay otra felicidad que la de ser, conocer y abrazar la Verdad ».

Comprender que se está solo dentro de sí; que todo, en torno, es proyección de nuestra soledad irra-

diante; que el mundo exterior no es sino el reino encantado de las apariencias; que no se es más que un corazón atormentado de infinito; que todo, en fin, es creación y mirage de nuestro pensamiento, « sin más milagro que el de vivir y pensar », he ahí la iniciación al culto de nuestra grande gloria desconocida...

Pero serían pocas las almas que encontraran esa verdad satisfactoria y eficaces sus consolaciones. Y luego, ¡qué esfuerzos de abstracción no necesitarían para libertarse de los hábitos inmemoriales de pensamiento, de acción y de fe elemental que las atan al engaño del sentir común! Verdades como éstas cruzan en ráfagas, en vislumbres nuestra inteligencia prisionera en la red de apariencias: y apagado su breve lampo, vuelve la luz de los ojos á eclipsar la luz del alma; la lámpara maravillosa palidece á la evidencia falaz del sol.

II

He terminado, en rigor. Pero me viene un escrúpulo: — no creo aventurado el pensar que, de mis lectores posibles, (aquellos para quienes escribo y acerca de cuyo número no me hago ilusión,) — talvez ninguno haya leído los libros de los cuales me he complacido en ensayar el elogio precisamente porque la gloria aun no los arranca al silencio en que tan sólo raros fervientes, — supongo yo, — deben de estar nutriéndose de su espíritu y preparando, acaso, su pública consagración de obras maestras.

Cayendo en este vacío, mi empeño resultaría vano, ó por lo menos mi trabajo incompleto, si no añadiese á la exposición de ideas desentrañadas de *Les Suppliants* y *L'Enfer*, algo como una muestra de la manera con que esas ideas van enhebradas en la trama misma de la ficción que constituye el asunto de esos dos libros.

Mas, el primero se presta mal á un resúmen, así fuera el más prolijo y sustancioso. No se trata en él de seguir la vida distinta y lógicamente encadenada de uno ó varios personajes, sino más bien de hacerles pensar y sentir, en cierto modo impersonalmente, algunas grandes ideas.

Libro de reflexión ardiente y sostenida, libro, asimismo, de emoción y amor, despeja la voluntad esencial de nuestro corazón y muestra que hay en una súplica desesperada más verdad que en todos los sistemas de razón. A su visión extrema de poeta, todos nuestros actos, deseos y pensamientos son una especie de súplica, un fervor que *de profundis* clama por un poco de luz: — así llega á merecer su título. — Pero en tal forma que es imposible dar una idea de las actitudes de los suplicantes, desprendiéndolas del fondo móvil y viviente que las sostiene en el relato pasional.

Obra preparatoria, en ella ensaya, con ardor y timidez á un tiempo, la resistencia y ductilidad de sus ideas: mas, bajo la libre belleza de que las reviste, no se advierte el esfuerzo de abstracción que presuponen.

No tiene en su desarrollo más unidad que la del pensamiento y la voluntad de Maximiliano. — Y es

tanto mas difícil dar á conocer aquí la fisonomía del personaje que encarna las más abstractas preocupaciones del poeta, cuanto más grande es la simplicidad de su genio clarividente y la exterior banalidad de sus actos. Reducida á líneas fijas por este análisis, parecería despojada precisamente de aquellos elementos indiscernibles é incommunicables que le infunden la vida necesaria. No podríamos mostrar sino en un haz de ideas y de reflejos la profundidad de este niño maravillado, de este suave adolescente que envuelto en su tierno asombro, parece surgir de las lejanías de una leyenda, como un Jesús más humano que no viene á redimir á los hombres ni á darles una esperanza supraterrrestre, sino á padecer con ellos el simple martirio de ser un hombre como los demás. Es necesario verle crecer, como una planta, según su ley, asistir de cerca á su aprendizaje de la vida y del mundo, que fué puramente emocional é intuitivo : ningún dogmatismo didáctico introdujo en su espíritu clasificaciones artificiales y en virtud de una rara y feliz disposición de su naturaleza, no prestaba sino una atención distraída á las formas, á los números, á los nombres, á todo lo accidental : extendía sobre la divergencia y multiplicidad de los seres y de las cosas « un piadoso

olvido». Inatento y meditativo, se apartaba de la flaca ciencia que los maestros enseñan en muertas fórmulas, porque todas esas verdades le parecían de otra naturaleza que la verdad verdadera : la suya propia, la de su misterio; y á medida que fatigaba su memoria con datos insignificantes, admiraba más la grandeza oscura y ahogada que sentía en sí, se refugiaba en su corazón. Pues él no muestra más, no es más que un corazón asombrado y simple : su única relación con el mundo externo era su poder de amar, su piedad inquieta, su innumerable simpatía. Solo y ensimismado, todo lo relacionaba consigo, y se asustaba confusamente de hallar en su pensamiento el principio y el fin de todas las cosas... Al ver á los pasantes pasar, no se interesaba por saber á qué drama iban por la vida; pero sentía, más patéticamente á causa de la multiplicidad y dispersión de esas existencias, la ignorancia en que los hombres viven de sí mismos : « Soñaba, como siempre, en la profundidad que uno guarda y olvida ; en el sombrío corazón humano ; y, cerrando los ojos entreveía que, allí, otra grandeza había y como otro cielo... Pensaba sin límites en un alma, ó en dos almas... » Cuando, en los días de vacación, veía la multitud de desconocidos que, acabada la tregua del día de fiesta

pasado al sol, en el campo, libres, regresaban en el reflujo de cansancio á sus hogares, á sus querencias de siempre, como un rebaño sumiso, pensaba que « una muchedumbre es algo más vasto que una muchedumbre : es una especie de súplica ». Al ver cada tarde cómo las gentes abandonan el día marchito, para poner confusamente su esperanza en el día de mañana, descubría « esa mendicidad de porvenir que es el corazón humano... » Guiado por su espíritu vidente verá en sus hermanos de sufrimiento la vida secreta, la desconocida verdad. Su admirable sencillez le inclinará de preferencia á los más humildes y simples porque en ellos transparece mejor la sinceridad : despojados del manto superficial de las convenciones, se les ve el corazón palpitar al desnudo : habituados á la pobreza, desde su fondo oscuro dejan ver « el esplendor de sus corazones, invisible, de ordinario, como las estrellas, de día ». A ellos podrá decirles, en espíritu y en verdad, su sermón de la montaña : felices los que lloran, porque son grandes ; y son más grandes mientras más inconsolables, porque viven más humanamente el prodigioso martirio de esperar y desesperar, de quererlo todo y no poseer nada.

Sin más que estos breves rasgos, se comprende cuánto tienen de intransmisible á otra forma que la suya propia las impresiones de una sensibilidad de esa compleción, tan estremecida, en la cual las causas más comunes suscitan un inesperado renuevo de asombros y de inquietudes. ¡ Cuánto más vana pretensión sería la de dar á sentir, en compendio hecho por mano ajena, tanto pensamiento que se concentra, tanta poesía que se expande!

Dejemos, pues, *Los Suplicantes*; por otra parte, no es ésta, sino *El Infierno*, la obra definitiva. Si bien son obras hermanas, por la profunda unidad de inspiración, la voz de esta última tiene, para decir la misma verdad, un acento más hondo, febril y grave. Además, hay en el sentimiento que anima á *Los Suplicantes* no sé qué de extático que engendra, á la larga, un poco de monotonía; desde luego, es la monotonía en intensidad de los que tienen profundamente razón y hacen converger los extremos al parecer más divergentes á una convicción central: que por lo demás, la variedad de invenciones poéticas en torno al motivo fundamental es inagotable.

En una y otra, su inexhausta sensibilidad desborda de igual riqueza emotiva. El poeta revive en la última las mismas ideas que ya hallaron su expresión

adecuada en la primera : — las revive, no las repite, ni complementa : tan íntimamente penetradas de ellas se hallan su inteligencia y sensibilidad. — Pero su cuidado primordial ha sido ahora de hacer ante todo obra de belleza y de pasión. Ha hecho de ella, principalmente, el libro del deseo, de la sensualidad atormentada por el doble agujijón del hastío de la carne y la rebeldía del espíritu; el libro del dolor y la gloria de la vida : y la recorre toda, del idilio de los comienzos al frenesí vertiginoso de las lujurias, de la belleza desnuda, radiosa, casi irreal de adoradas mujeres hasta la desnudez horrible de los cadáveres, buscando en todo la verdad verdadera, pues sabe que no es de verdades abstractas que el hombre ha menester, sino de realidad viviente.

De ella se desprende, vasta, resonante, magnífica, una emoción de tristeza que abarca toda la vida, pues no brota de una sensibilidad herida por motivos personales, sino de una concepción esencialmente dramática que reconoce la supremacía del hombre en su imposibilidad de contentamiento.

Construido de materiales primitivos y eternos sobre un plan admirable de novedad y sencillez, *L'Enfer* será la obra capital del poeta. Mostremos, pues, su armazón, que es sólida como la de toda obra hecha

para resistir al tiempo, y aun al olvido y caprichos de una injusta suerte.



A la entrada del libro encontramos á un hombre que se instala, provisionalmente, en un simple cuarto de hotel. Viene de provincia, á desempeñar un empleo insignificante. — A causa de este cambio de vida, mira en torno y piensa en sí mismo...

« Es ya tarde. Ya no haré nada más. Me quedo sentado, en la penumbra, delante del espejo. Veo el modelado de mi frente, el óvalo de mi cara y, bajo mis párpados que pestañean, mi mirada que encierra

la incertidumbre y la oscuridad de mi alma, mi mirada por la cual entro en mí como en una tumba. La fatiga, el tiempo sombrío, (oigo la lluvia en la tarde), la sombra que aumenta mi soledad y me agranda á pesar de todos mis esfuerzos, y luego, otra cosa, yo no sé qué, me entristecen. Me fastidia estar triste. Me sacudo. ¿Qué hay? No hay nada. No hay sino yo. »

Y aunque nos dice : « soy un hombre como los otros, lo mismo que esta tarde es una tarde como las otras », ya algo nos advierte, en la ansiedad de su actitud y de sus palabras, que la vida no puede ser para él lo que para los demás.

Y lo que va á sobrevenir adquiere en nuestra expectativa un interés especial desde el momento que reconocemos en ese hombre, sin más que verlo desorientarse sin límites entre los cuatro muros de ese cuarto de azar, el aire del adolescente ensimismado y pensativo de *Los Suplicantes*. ¿Será el mismo?... Los años han pasado : « tengo 30 años, nos dice. No me he casado ; no tengo hijos ni los tendré. Hay momentos en que eso me turba : cuando reflexiono que conmigo se acabará una línea que dura desde el principio de la humanidad ».

A pesar de sus precauciones en presentarse

como uno de tantos seres neutros en quienes no hay nada qué notar, en su voz oímos temblar mal contenido aquel ímpetu de lirismo que ya conocemos. Así, cuando enterrado en la penumbra que invade esa estancia perdida en la inmensidad, siente « la boca llena de un silencio que suavemente, pero seguramente, le ahoga y le anonada », le vemos de repente levantarse « con un gran latido de corazón como en un batir de alas » y exclamar : « ¡ Yo ! ¡ Yo ! quisiera que me acontezca algo de infinito ».

¿ No conocemos ya este grito ? Y nuestra duda sobre la oculta identidad del personaje no irá más lejos, pues que vamos á oírle recordar aquellos estremecimientos é iluminaciones, aquellos ensimismamientos que singularizaban al héroe de la vida interior. Pero es un interés más alto que el de la propia vida, el que va á ocupar el espíritu del solitario: por una rara al par que sencilla casualidad, va á encontrarse en posibilidad de sorprender la verdad desnuda de muchas existencias, de ver lo secreto de muchos amores.

Pues he aquí que la estancia, en que ya atardece, se aclara á un rayo de luz venido del cuarto contiguo á través de un agujero abierto en la pared divisoria. El hueco, causado por un pequeño desmoronamiento,

queda encima de la cama, de suerte que poniéndose de piés sobre ella, alcanza á ver toda la pieza vecina, desde la cual, en cambio, el intersticio es invisible gracias á una moldura sobresaliente que le oculta á las miradas de abajo.

Un cuarto ajeno se abre, pues, á sus ojos : admirable campo de observación en el cual podrá ver sin las trabas de ser visto. Y podrá ver á las gentes en sus intimidades, despojadas de los artificios con que se cubren en público.

Cuando se piensa en la dificultad de obtener un poco de verdad de las gentes á quienes se interroga directamente, apreciamos en su valor la necesidad del medio inventado para descubrir algo de las vidas secretas.

Porque, en realidad, los hombres, como las casas, no muestran á los pasantes sino las fachadas. La calle está llena de desconocidos que son, vagamente y sin saberlo ni quererlo, espías y enemigos unos de otros. Todos se defienden, instintivamente. Y en sociedad, los sentimientos que cada cual ostenta son una coraza, su actitud está siempre en guardia ; lo que se dice es lo que conviene ó lo que no traiciona ; mas las frentes ocultan el pensamiento como una lápida y las bocas guardan como tumbas la verdad

secreta. Y es esta verdad que ocultan la sola de veras importante y reveladora: para arrancársela, es preciso sacudir á las gentes con una emoción súbita y violenta, con un deseo imperioso, con algo que las remueva y urja en el fondo. Sólo entonces aparece, como una burbuja que remonta del limo revuelto á la superficie, uno que otro indicio del sér profundo; sólo entonces de ciertos ojos se desprende la chispa de una concupiscencia insospechada, ó las bocas se pliegan en una contracción que confiesa: mas hay que tomarlas desprevenidas para sacarlas de la mentira de la urbanidad y el disimulo.

Pero en la soledad, todos los rostros recuperan su expresión veraz: en cerrando la puerta de nuestra estancia privada, dejamos caer toda reserva inútil, nos despojamos de los hábitos sociales como de un manto. Hay en el hombre que obra creyéndose solo un abandono á su propia naturaleza, una sinceridad de todo su sér, que es casi un hombre nuevo el que creemos ver: sinceridad tan rara que desaparece á la idea sola de una mirada posible.

El espectador de tras el muro verá, pues, sin ser visto, lo que de otro modo acaso no viera. Y el cuarto que va á ofrecernos el espectáculo de muchas vidas ajenas no es una de aquellas estancias

que son el marco invariable del mismo cuadro de existencias como amoldadas á sus muebles familiares y en donde las mismas personas repiten cotidianamente los mismos actos; — es un cuarto de hotel, abierto á todo pasajero, es decir, á todo lo posible... De todas partes vendrán seres desemejantes y allí se hallarán más solos, más desnudos, mostrarán más.

La curiosidad del secreto ajeno pone instintivamente nuestra atención tensa y como en asecho; á descubrirlo nos llevan la malsana atracción de lo vedado y la pura necesidad de verdad que hay en cada uno.

Pero el que ahora mira á través del agujero no es un indiscreto burlón, un curioso superficial y algo cínico : es, ya lo sabemos, un hombre atormentado por la pasión de la verdad intacta, de la verdad esencial, un tenaz destructor de apariencias, un filósofo que inquiere y un poeta que transfigura.

Esta certidumbre nos garantiza que, sean cualesquiera los acontecimientos que van á desarrollarse, el testigo que los presencia sabrá darles la grave significación que comporta el misterio del destino humano, al mismo tiempo que su fervor de poeta alucinado y sensitivo comunicará á los fantasmas de

sus visiones un estremecimiento de pasión que los hará más reales que los autómatas vivientes en torno nuestro.

Sí; desde las primeras páginas el libro impone una impresión de gravedad y grandeza que igual no la producen los más complicados dramas. Y sin embargo, el plan es simple, y no hay acción, ni caracteres. Ni en él caben siquiera personajes por cuyas vicisitudes hayamos de tomar un interés progresivo: no hay sino un hombre que mira y otros, sin nombre, sin historia, sin porvenir, que vienen á vivir, en ese cuarto de tránsito, un momento de sus vidas, desprendido, aislado de los demás. — Los que desfilan por aquel escenario, más que hombres y mujeres caracterizados y distintos, son actores sublimes encargados de dar una voz á los principales sentimientos humanos: por eso, sin curarse de verosimilitud en las palabras ni de reserva en los actos, declamarán en grande estilo las más líricas é inesperadas efusiones de dolor, de amor, de duda, de deseo. Muestran, condensados en una sola actitud de relieve pujante, su pasión esencial, toda su humanidad frenética y cautiva; pero este solo ademán es de una amplitud tal que fija, como un símbolo rico en múltiples sentidos, las imágenes discordan-

tes y ansiosas de muchos hombres, unidos por ella en la identidad de sus destinos diversos.



El héroe de *Les Suppliants* procedió á la conquista de la verdad por un trabajo de introspección de un acendrado subjetivismo idealista. Después de haberlos habituado á la penumbra interior, en este nuevo libro va á volver los ojos hacia la multiplicidad y discordancia de los dramas ajenos. *El Infierno* será pues un libro objetivo, si tal expresión se aplica á la reproducción de una realidad que no puede ser sino su realidad, su visión de filósofo y poeta, diferente de la comun al mayor número.

El suplicante ha sido escuchado : va á ver, á asir la verdad. Ahora su misión es la de mirar : todo lo demás le es indiferente. La estancia le atrae como el pozo en cuyo fondo se halla la verdad desnuda. Vivirá en la espera de los que vendrán á hacerle allí el don involuntario de su sinceridad. Violará el pudor, la vergüenza, la inocencia de los indefensos que librarán, sin reserva, su secreto á la soledad.

Verá cosas terribles y sagradas, verá lo que otros ojos nunca han visto. Y nos lo dirá todo en su verdad íntegra. No es su culpa si lo que ve es monstruoso á veces : perseguidor obstinado de verdad no dejará escapar á su análisis presa alguna, así deba, para mostrárnosla, arrancarle las entrañas.

Ese cuarto es el *infierno* en que el demonio de la Vida hará pasar á sus víctimas, del nacimiento á la muerte, al través del amor, del deseo, del placer, del dolor, de la duda, de la blasfemia, de cuanto hay horrendo ó dulce para ellas, antes de hundirlas en la nada.

Dejémonos, pues, guíar por nuestro poeta á través de los círculos dantescos de este *infierno* terrenal. Su voz es la de un testigo que sufre, que se mezcla á los dramas presenciados y los vive aun más

intensamente que sus propios actores; tan intensamente á veces, que el interés se traslada del espectáculo al espectador, á la repercusión inesperada que lo agranda y profundiza. Por eso su lirismo tiembla de emoción comunicativa y da á la visión narrada la palpitación de un acontecimiento actual.

**



Mientras en la estancia anegada de crepúsculo los objetos, ya indistintos, parecen flotar vagamente, una forma humana se adivina y poco á poco se precisa. Es la criada. Habíala visto antes en la escalera, frotando las gradas, « con la cara inflamada

cerca de sus toscas manos », algo repugnante en la tarea que la arrastraba por tierra. Pero ahora aparece transfigurada : « la tarde borra suavemente la fealdad, aparta la miseria, el horror. No queda de ella sino un color, una bruma, una forma, menos aun : un temblor y el latido de su corazón. De ella no queda sino ella. Y es que está sola. Cosa inaudita y algo divina, se halla en esta inocencia, en esta pureza perfecta : la soledad ». — Se acerca á la ventana, — va á la luz, como todos los que se hallan entre cuatro muros, — saca una carta de su delantal, la lee y la lleva á los labios... ¿ De quién puede ser esa carta, que entre sus manos tiembla como cosa viva ? De un novio, de un amante, sin duda, cuyo nombre ignoraremos. No sabremos nada de él ; pero ni él mismo verá jamás el amor que le diviniza como lo vió el espectador de ese 'adomán suplicante, enterrado en la sombra, despojado por la soledad de todo artificio, privado de voz por el silencio. — Y esta criatura, inconsciente y basta, incapaz, talvez, de despertar un interés particular en la vida ordinaria, adquiere por haber mostrado un instante el corazón en las manos y ofrecído-lo en holocausto al amado invisible, una importancia inconmensurable : es todo el amor y todo su afán inmenso.

Y este primer cuadro muestra bien, en el contraste de humildad aparente y de grandeza real, la manera esencial del autor, que va derecho á la profundidad que encubren las formas accidentales.

Después, otra mujer viene. Va á desnudarse. — Es imposible, á menos de copiar íntegramente estas páginas insustituibles, dar una idea de la belleza vehementemente y lúcida del cuadro. Intentarlo es correr el riesgo de echarlo á perder y de exponerlo á un reparo injusto de lasciva complacencia en la atracción del misterio femenino. — El mismo poeta, después de haber realizado un prodigio de estilo, nos dice, en una página imprevista, su lucha con las palabras para forzarlas á la verdad; y á este propósito se hace la pregunta que parece demasiado banal pero que cela una extraña oscuridad de nuestra condición: ¿ cómo, por qué no podemos decir exactamente lo que queremos? ¿ por qué la verdad se escapa de las palabras como de una red demasiado floja? ¿ por qué no podemos ser sinceros y verídicos con toda nuestra sinceridad? Se habla por aproximaciones y se entiende por adivinación y toda inteligencia entre dos seres es incompleta, inacabada, incierta.

Una mujer está ahí, junto al fuego que arde á

grandes llamas en la chimenea. « Ignoro todo de ella, y está tan lejos de mí como si un mundo ó los siglos nos separasen, como si ella estuviera muerta. Y sin embargo, estoy junto á ella, con ella, me cierno sobre ella temblando. » Y él, que es como todos, « un hombre tristemente pronto á deslumbrarse ante la primera mujer venida », la suplica en silencio se muestre á sus ojos que se martirizan por ver, por arancar sus formas á las sombras danzantes. Sólo las llamas crepitantes la iluminan á reflejos móviles, en la estancia entenebrecida. El reflejo de las brasas vivas incrusta más profundamente en la sombra las partes que no avivan con su palpitante caricia. Y á ese juego de sombra y luz, el hombre, siempre ansioso del misterio del sexo, se siente opreso por la muda violencia del deseo. Sus ojos alocados la disputan á la sombra convulsa al igual de las llamas, « las llamas magníficas y suplicantes, las llamas desgarradas, las llamas en girones » que se arrastran por el suelo, y se agarran á ella, ascienden á ella « como un esfuerzo humano ». Devorará ávidamente desde el principio lo poco que de ella entrevé; pero á medida que la mujer se descubre, como en un incendio creciente de deseo y de curiosidad invencible, abandonará las desnudeces inútiles de sus

brazos y de sus piernas y de su seno para llegar profundamente, ansiosamente, hasta ella, hasta el santuario del sexo.

Ninguna impudicia en todo este ardor. Si ella lo atrae, si él se aplica á verla con tal frenesí, es, simplemente, porque ella lo ignora, porque ninguna aproximación es posible. Si la misma mujer fuera á entregarse á él, su espera no tendría la violencia de robo que tiende sus nervios así. Ella se le aparece distante, como una obra maestra de la verdad, que suscita una emoción primitiva y simple pero superior al instinto: «Tengo por ella una especie de amor que nada de real destruirá, y que no tiene ninguna razón ni de esperar ni de acabarse. No, en verdad, no he sabido lo que es una mujer».



Al cuarto, que los atrae como un secreto, vienen luego dos niños, impelidos por una oscura necesidad de estar solos, de ocultarse.

Ya no saben jugar, y ahí están ahora, inocentes y turbados, sin saber qué quieren.

— « Quisiera amarte más, — balbuce, inseguro, el adolescente, — quisiera amarte más fuertemente, pero no sé cómo. » Y ansioso, se deja guiar á ciegas por sus manos titubeantes hacia la hembra en cuyo cuerpecito grácil germina sordamente la pubertad : sus formas inciertas y ácidas como frutos de una planta en agraz, comienzan apenas á redondear y á provocar el beso del hombre. Al fin, un beso brota de las bocas balbucientes. ¡ Es el primero ! Ellos no saben qué prodigio es ése, tan simple y hondo. Pero nosotros asistimos, clarovidentes, al confuso despertar del instinto, que nos rememora el ansia de nuestra propia iniciación al misterio ; y vemos en esta pareja la pareja eterna de la historia y de la leyenda, que cruza las edades, cediendo, como el primer

hombre y la primera mujer, al ímpetu oscuro de fuerzas que vienen del fondo, que vienen de los orígenes insondables. Aquel beso pueril y ansioso surge del misterio empujado por la enorme y ciega voluntad cósmica, como una burbuja de espuma en la marea vital. Por eso asistimos á ese comienzo como á un drama más vasto y terrible que esa entrada de dos seres incautos en el reino fatal. Aquí — como en todos los episodios del libro, — el interés desborda de los límites del cuadro, va más allá de los destinos particulares de los personajes.



Ahora vienen los condenados al amor : dos aman-

tes encadenados por el adulterio. Vienen á sepultar su amor culpable en la sombra de ese cuarto cómplice que los oculta, como una tumba, á la inmensa persecución del esposo, del ofendido... El terror les exacerba el afán de una imposible unión.

— Yo te amo, — dice el hombre al acoger en sus brazos á la mujer que entra como buscando un refugio. — Y súbitamente el drama de estos dos seres que vienen uno á otro de dos extremos de la inmensa vida, abre á los ojos del que los observa detrás el muro la infinita perspectiva del amor humano.

Habla el amante. Pero en el grave silencio suenan en falso las palabras vanas que traducen mal el esfuerzo oscuro de todo su sér hacia el de ella. Es ella quien entra á vivo en la verdad, diciendo : ¡ Soy desgraciada !

Recita la historia de su amor, como un poema y como una oración ; pero el hombre, inatento, aguarda que su compañera acabe de hablar, como si le pidiera tan sólo caricias y no palabras.

... ¿ Y por qué hablan de lo pasado con un fervor tan devoto, como si sólo el pasado les perteneciera, como si el presente no diera nada de sí, estéril, agotado, muerto ? ¡ Ah ! les es ya necesario resucitar las alegrías extintas, galvanizar los entusiasmos muer-

tos, avivar con la magia de los recuerdos el prestigio de la ilusión decreciente, para no sentir la muerte lenta pero progresiva de su pobre amor. Porque ya en la ceguera del hábito, en el brumoso entibiamiento de la costumbre, en el descenso flácido de la exaltación van sintiendo cundir la devastación del desamor y el olvido.

El ha ido á ella, simplemente, porque el hombre va á la mujer como al mar el río, porque su carne solitaria reclamaba oscuramente esa dulce presa; mientras ella aspiraba á él para salir de sí misma, para esquivarse á su destino : y han creído que eso es amor.

« Y, bruscamente, yo ví entre esos dos seres una inmensa diferencia y como un desacuerdo infinito; sus votos no eran los mismos; eso pareja parecía unida, pero no lo estaba. No hablaban la misma lengua; cuando decían las mismas cosas no se entendían, y á mis ojos, desde esos primeros momentos, su unión apareció más rota que si nunca se hubiesen conocido. »

En verdad, ella sabe, con su genio adivinatorio, que el amor no es nunca lo que parece; pero al mismo tiempo, con su genial ilogismo de mujer, no acepta que el hombre confiese que « aun en el más

puro de los amores, nadie puede salir de sí mismo ».

Mas, si en ese instante de tristeza lúcida, el amor les aparece como el más vano y patético esfuerzo de cada cual por allegarse al otro, por salir de sus soledades, el deseo, que surge de las ignotas profundidades, pone de nuevo ante sus sentidos el mirage de una unión suprema.

... « Al acercarse la fiesta oscura, la mujer comenzó á tomar una importancia sublime. » El espectador sigue sus movimientos en el silencio terrible que precede al amor, en el cual, « á pesar del mutuo consentimiento, hay siempre una especie de lucha »... Luego, « una emoción extraordinaria, santa, salvaje, reinó »...

Y mientras los amantes se aman, el testigo invisible, clavado al muro por la tensión de todo su sér, oyó la voz femenina que preguntaba : « ¿ eres feliz? » El hombre, en el éxtasis gime : « juro que esto es todo en el mundo », y su cara convulsa revela su tremenda felicidad.

Pero, pasado el ~~orgasmo~~ ^{orgasmo}, rápido como lo son todas las caídas, aparece desnuda la hostilidad de los sexos. « Tras la repugnante tensión carnal y la inmunda brevedad del placer », el hombre y la mujer se apartan, « manchados por el deleite enfriado ».

Muerto el placer, asoma su espectro faldico : el remordimiento. La mujer comprende apenas la cólera triste, la repulsión, el abandono ciego del hombre que, al llegar al fin de su deseo, al límite de su sueño, se queda exhausto y como vaciado, sintiendo, aunque insatisfecho, la náusea de la saciedad. Ansiosa y sumisa, su boca busca aun la del hombre : « pero él la aparta, con una ligera crispación de malestar, casi de repugnancia, al sentir el aliento dañado por los besos encerrados antes en esa boca como en un ataúd »...

¿Qué hacer, ante el inevitable desastre de la universal ilusión?

La ansiedad del género humano remonta á su origen bestial. Los hombres aspiran á ese momento como á la cumbre de sus vidas transportadas, y de ella ruedan al abismo de la tristeza con todo el peso de su oscura animalidad.

... « ¿Dónde está Dios, — exclama el poeta en una magnífica imprecación desolada, — dónde está Dios que no interviene en la crisis horrible y regular? ¿por qué no impide con un milagro el espantoso milagro por el cual lo que era adorado se vuelve bruscamente ó lentamente detestado? « Es todo, es nada », gritos que fueron proferidos apenas, en voz baja,

enterrados en una paz de anonadamiento, ¿quién dirá su grandeza y la distancia que los separa? ¿Quién lo dirá; sobre todo, quién lo sabrá? Los que van arrebatados por la vida, no saben nada de eso : pasan ciegamente de un extremo á otro. »

El poeta ensaya el decírnoslo, en estas páginas sembradas de catástrofes y triunfos, en que la ilusión y el desengaño aniquilante hacen del hombre un extraño monstruo de fuerza creatriz y de impotencia.

¿Qué queda, pues, tras el amor en ruinas? Queda, tenaz, irreductible, el deseo, que renace de sus cenizas... Esos amantes recomenzarán, como recomienzan todos; y como fué en el principio, así será hasta el fin de los hombres.



Pero ¿quiénes son, qué hacen esos fantasmas nocturnos que se buscan á tientas y parece que se entrelazan en las tinieblas? No se ve nada, pero se oye una exclamación humana brotar de en medio de las sombras que llenan el cuarto.

— ¡Otra vez,... más,... todavía!

Esas larvas informes que se debaten en el silencio son inquietantes. Y yo no sé nada tan angustioso como el diálogo entrecortado y balbuciente que el testigo de aquella escena invisible arranca en girones á las tinieblas para recomponer esa verdad que se esconde á toda luz y mirada.

— ¿Quieres?, — preguntó de nuevo la voz, temblando.

— Sí.

— ¡Ah! ¡si lo supieran, si se supiera! — repitieron las voces.

¿Qué ocultan? ¿quién los persigue? ¿qué extravío les precipita á ese lecho, tenebroso y secreto como

una tumba? Se adivinan esfuerzos monstruosos por amarse más, por llegar hasta donde, exasperadas de separación, pueden llegar las humanas fuerzas en su demencia de unión.

Más ¿qué importa la forma del amor? todos los corazones son semejantes. Esas larvas, envueltas en el sudario de las tinieblas, decían : ¡ más!, decían : ¡ nunca! decían : ¡ siempre! — « Siempre : la palabra sobrehumana, la palabra sobrenatural. »

Rebeldía de los amantes que, nunca satisfechos, jamás se declaran vencidos; que, después del triunfo de un instante no pueden más y se abandonan, pero dicen : siempre, ó dicen : jamás. « Se diría que han robado el fuego del cielo. »

Al día siguiente, á la luz del sol, tratará de reconocer entre las personas del hotel, á los amantes nocturnos. Hay cinco mujeres : no puede ser sino una de ellas : ¿ cuál? ¿ cuál « guarda aprisionado en su cuerpo el viviente y candente recuerdo »? — Todos los rostros son cerrados, mudos, y para ver lo que es de veras no tenemos ojos.



Amada, — (¿ es su propio nombre, es el nombre con que sólo el amante la distingue de las demás? No se sabe, en este libro que ignora los nombres y todas las particularidades individuales.) — Amada esta ahí, de nuevo, no ya con el amante, sino con el marido. Llegan de viaje.

En la luz matinal aparece más fresca y riente, á medio vestir. Los ojos de tras el muro la siguen en su ir y venir presuroso, en las agencias de su tocado. Espectador condenado al silencio, envidia la dicha del hombre que está ahí, respirando el aire impregnado del dulce olor de ella. ¿ Cómo podría impedirse el adorar esa presencia de mujer que encierra un secreto sin nombre, si de toda ella emana una

promesa de caricias como de una flor el aroma? Sin embargo, su marido no la mira, y si la mira, no la ve. El dueño del envidiado tesoro, no se siente feliz de poseerlo : su indiferencia parece incomprendible, bestial...

« Este silencio, esta ignorancia mútua son lo más cruel de la tierra. » Y no por ser cotidiano y simple es menos angustioso el drama tranquilo de dos vidas que respiran juntas, dedos cuerpos entrelazados por hábitos y deberes comunes y cuyas almas permanecen cerradas una á otra y como extranjeras.

« Tengo lástima, — dice el poeta al verlos, — de los que van por la vida de dos en dos, encadenados por la indiferencia. Tengo lástima del pobre corazón humano que posee por tan poco tiempo lo que posee, lástima de los hombres que tienen un corazón para no amar. »

Ella se va. Su señor la deja irse, sola : ni siquiera una mirada la acompaña.

Pero luego una criada viene á arreglar el cuarto. Y he aquí que en el hombre indiferente y olvidado, el animal se despierta al olor de la carne nueva y se excita y mueve. La atención aguda, el ojo fijo y turbio, sigue los movimientos de la inesperada presa;

y al empuje de un instinto enorme, salta sobre ella « como una especie de mono, como una especie de león ».

Repelido con fuerza, hubo de soltarla, y riendo de cinismo, riendo en falso, salió á apaciguar afuera su sangre alborotada.

¿Por qué buscar una razón á lo que parece tan extraño y no es sino obra de la simple ley que rige tanto las impulsiones del instinto como las preferencias de la libertad ? Esos ojos, ciegos á la belleza de la mujer propia, « se encendieron á la vista de esa Venus ignoble, de cabellos sucios y de uñas terrosas », porque aún no la conocían ; y esa no era sino una forma de azar al eterno desear otra cosa.



De nuevo los amantes están ahí. Hablan por llenar el silencio con palabras que son como una vaga precaución contra la verdad de sí mismos.

De repente, ella oculta la cara entre las manos. — « ¿Por qué lloras? — ¿Por qué? no sé; las lágrimas no son palabras. » Mas luego añade: « lloro porque somos solos ». Y de sus labios, ardiente y grave, la queja de la soledad se escapa. Inspirada de tristeza, poseída por un frenesí de sinceridad, esa mujer quiere decirlo todo, esclarecerlo todo, llegar á las fuentes mismas del dolor. Y habla por encima de su destino, va más allá de su propio desencanto: sus palabras dicen toda la oscura fatalidad, agotan la eterna miseria de amar.

Arrancada al curso ordinario de sus pensamientos, ahora comprende, y como un eco herido repite, las palabras que el amante le había dicho otras veces. Las comprende ahora — « porque no se comprende bien sino cuando se está personalmente implicado en el drama de comprender », y ve que, en verdad, nadie puede salir de su soledad, y que, para la dicha, se ha menester, sin embargo, de la unión de dos.

Por llegar á esta dicha de amor, ella ha hecho todo : pero la mentira, la traición, el adulterio, todo ha sido inútil. « No es con el mal que se llega á la dicha. No es, tampoco, con la virtud. No es, tampoco, con esa especie de fuego sagrado de las grandes decisiones instintivas que no son ni el bien ni el mal. No es con nada de eso que se llega á la dicha : no se llega jamás hasta allá. »

La mujer comprende ahora y repite : « tú me has mostrado que el amor no es sino una especie de fiesta de nuestra soledad y me has dicho, ahogándome esplendidamente en tus brazos : nuestro amor, soy yo. Y yo te he respondido la respuesta inevitable : nuestro amor, soy yo »... « Abrazame, — lo dice luego en su dolor, — bésame, bésame largo, largo, hasta respirar con mi boca, hasta que no sepamos cual es nuestra boca : haz de mí lo que quieras para acercarte, acercarte. Y respóndeme : mi dolor, ¿ lo sientes tú? »... « Ah, no hablemos más, no hablemos más del dolor y la alegría : compartirlos, en verdad, es una acción por demás imposible »... Cada uno, encerrado en su cuerpo y en su corazón, sufre y goza su pena propia y su propio placer.

Por todo eso, « una pareja es siempre loca : á ciertos momentos, sin razón, se juntan ; luego, sin razón

suficiente, se retiran. Chocan, se acarician, se hacen daño, se mutilan. Una pareja es siempre loca. Y dos amantes que ruedan juntos permanecen tan extranjeros como el viento y el mar ».

Mas ¿qué importan todas estas clases de separación, si hay el deseo, el deseo que las anula y hace triunfar á pesar de ellas el mirage de la unión de dos en uno?

Así, « lo que él quería, era *ella*. Las palabras que ella decía, el hombre las dejaba a un lado, le eran indiferentes, no le acariciaban... Ella, triste y vagamente animada talvez por el orgullo de persuadir, él, excitado y deseoso, tierno y animal; ambos se respondían lo mejor que les era posible, mas no podían cederse, vencerse ».

Aun en el paroxismo que los arrebató la unión deseada es una quimera : los límites del cuerpo condenan á cada cual á su propio placer, insensible al placer del otro. « Una vez más, vi la cara del hombre mientras la voluptuosidad le ocupaba. — ¡Ah! le ví bien : estaba solo. Pensaba en él, se amaba. Se extasiaba mediante la mujer, su instrumento... Murmuraba palabras de adoración : divinizado por ella, la bendecía. Estaban solos hasta el deslumbramiento... Gozar juntos, ¡qué desunión! »

Y en seguida, la saciedad, como un reflujo de remordimiento, de fatiga, de disgusto, viene. « Les invade una impresión de verdad desierta, de sequedad, de nada creciente, al pensar que tantas veces han cogido, arrojado, recogido en vano su frágil ideal carnal. Sienten que todo pasa, todo se gasta, todo se acaba; que lo que no está muerto, va á morir »...

Y arrastrados por el descenso de todo su sér, cada uno recae en su soledad más solo que antes, « separados por la fuerza misma de sus dos dolores... Sufrir juntos, ¡qué desunión! »

Y cada vez que se acerquen uno á otro, se hallarán más distantes. La ilusión de « la primera vez » está ya lejos, inaccesible, irreal. Los días caen como una lluvia monótona que todo lo descolora, y entre las cosas tristes, ninguna más lamentable que el ajarse de los oropeles con que lució la ilusión.

Y el amor, « que parece por la ausencia, parece más seguramente por la presencia ». ¿Una inquietud vigilante, un tormento activo, una privación ansiosa, podrán acaso, mejor que la satisfacción, impedir la caída del amor en aquel letargo más triste que su propia muerte?... No hay remedio. « El tiempo que pasa y nos cambia : he ahí la llaga. »

Y luego, la vejez que avanza, el miedo de envejecer... Aquí el poeta, en pocas páginas, incomparables en desolación, nos evoca la tristeza de la belleza que se aja, se arruga, desaparece. La amante suplica : « ¡ Ah ! escapar á esta decoloración del cabello que nos cubre del pálido tinte de los sudarios, de los osamentos y de las losas ! Huir la red de las arrugas ! »... Y continúa : « Allá vas, lentamente ; ya llegas. Tu piel se desecará. Tus ojos llorarán por sí solos. Tus senos y tu vientre colgarán ajados, como los harapos de tu esqueleto... Tu faz será terrosa. Tus palabras, que seducían, parecerán odiosas cuando suenen cascadas. El vestido que te oculta demasiado al deseo de los hombres, no ocultará bastante tu desnudez monstruosa, y las miradas se apartarán y no osarán siquiera pensar en tí »...

Y como si todo eso no fuera bastante, continúa el requisitorio contra la vida. La vejez no es más que el camino : y la muerte se halla, no sólo á su término, sino á lo largo del mismo. La amante señala la muerte omnipresente, la muerte multiforme, infatigable, sutil. « La muerte en todas partes : en la fealdad de lo que fué bello, en la suciedad de lo que fué claro y puro, en la punición de los rostros

queridos, en el olvido de lo que está lejos, en la costumbre, este olvido de lo que está cerca... ¿De qué sirve ser bella y tener pudor? marcharán sobre nosotras... Hay en la tierra mucho más muertos que vivos en la superficie, y dentro de nosotros llevamos mucho más de muerte que de vida. No son solamente los otros seres que se aniquilan; es también, año por año, la mayor parte de nosotros mismos. Y lo que no está muerto aún, morirá más tarde. Casi todo es muerte... ¡Mi muerte! Yo me pregunto cómo se puede vivir, soñar, dormir, puesto que se va a morir. Por cansancio, por embriaguez... Siempre he pensado en mi muerte. Una vez declaré a mi marido esta obsesión. Me dijo que estaba neurasténica y me invitó a ser como él que no pensaba jamás en tales cosas, porque era sano y equilibrado de espíritu. Eso no es cierto. Es él el enfermo de tranquilidad y de indiferencia: una parálisis, un mal gris: su ceguera es una enfermedad, y su paz la de un perro que vive por vivir, de una bestia con faz humana. ¿Qué hacer, pues? ¿Orar? no: el eterno diálogo en que se está siempre solo es abrumador. ¿Trabajar? Es en vano: ¿el trabajo no es lo que hay que rehacer sin cesar? ¿Tener hijos, educarlos? ¿Hacer la caridad?... todo eso es aturdirse, mentir: eso

no cambia nada de la verdad porque no es la verdad... Y cuando la mujer profética y trágica hubo escrutado todo el horizonte de la miseria humana, «sus ojos se tornaron hacia la ventana blanca». Y era la más vasta súplica posible, el más vasto de los deseos humanos lo que palpitaba en ese especie de ascensión de su rostro al cielo... « ¡Oh, detén, detén el tiempo que pasa ! Tú no eres sino un pobre hombre, un poco de pensamiento y de existencia perdidos en el fondo de un cuarto, y yo te pido que suspendas el tiempo y que impidas la muerte »...

« El tiempo es más cruel que el espacio. El espacio es algo muerto, el tiempo es algo que mata... y estamos crucificados entre el espacio y el tiempo. »

« He ahí lo que somos. »

Pero el hombre murmuró : « ¿ quién sabe lo que somos ? »

« ¿ Quién sabe lo que somos ? Todo lo que decimos, todo lo que pensamos, todo lo que creemos, es ficticio. No se sabe nada. Nada hay sólido, seguro.

— « Sí, gritó ella : te equivocas : hay, perfectos, absolutos, nuestro dolor y nuestra miseria. Se los ve, se los toca. Que se niegue todo lo demás ; pero nuestra mendicidad, ¿ quién podrá negarla ?

— « Tienes razón, — dijo él, — es la sola cosa absoluta que existe.

« Se asía de eso. « Nosotros », decía. Había encontrado el grito contra la muerte. Lo repetía. Lo ensayaba : Nosotros, nosotros.

— « Nosotros somos lo que subsiste.

— « Somos, al contrario, lo que pasa.

— « Somos lo que ve pasar. Somos lo que subsiste.

« ¿ Qué importa ? Eso no consuela. »

Y haciendo pié, mientras todo se hunde, en ese único punto estable, el poeta comienza á resistir al anonadamiento de la persona humana.

— « Escucha, le dice, con una voz palpitante y algo solemne, como una confesión. Imaginé una vez dos seres que han llegado al fin de su vida y que recuerdan todo lo que han sufrido.

— « ¡ Un poema ! dijo ella, desalentada.

— « ¡ Sí, uno de aquellos que pudieran ser tan bellos ! »

Y tan pronto lo recita en versos que se mezclan á la prosa sin que la transición de estilo sea brusca ó artificial, como lo comenta y rellena de la verdad que están viviendo ellos mismos en ese instante á nuestros ojos y que se sublima en el poema mien-

tras éste adquiere de ella su virtud persuasiva y conmovente.

— « El Paraíso, es la luz; la vida terrestre, la oscuridad : he ahí el motivo de este canto. Luz que quieren, sombra que son.

— « Como nosotros, dijo Amada. »

Son dos creyentes. Felices de morir elevan al cielo la acción de gracias porque van á gozar al fin « de la totalidad de ese Dios de quien no han visto sino los pálidos reflejos en el firmamento ».

Ya al borde de la tumba, dan á la vida un adiós que es como un anatema. Recapitulan toda la innumerable miseria de vivir. No perdonan nada : de la ansiedad de ignorar al dolor de saber, de la insuficiencia de lo que es al remordimiento ó extrañeza de lo que fué, al temor de lo que será; del desgarramiento del nacer á la esterilidad de ser madre... « El dolor de dar á luz no se acaba nunca; se inmensifica en angustias, en vigiliias. » Y los hijos, « por quienes la llaga humana sangra todavía » tarde ó temprano, vivos ó muertos, abandonan padre y madre. Y van al amor. El amor, ¡qué tristeza! Las almas incomprendibles, los cuerpos impenetrables, y esa necesidad de la unión, ¡cuando la unión es una quimera!... Y no hay reposo. « De noche, nuestro sueño no

duerme, sueña, se acuerda, se llena de espectros verdaderos... Triste, hiere nuestras noches, dulce, hiere nuestros días. » Y luego, la lucha contra las distancias que nos empequeñecen, contra la fatiga que nos degrada, contra el trabajo que tarde y mañana hay que rehacer, contra todo : hasta contra el polvo que nos ensucia y de cuya invasión tenemos que defendernos, lavando sin cesar nuestras manos, nuestras caras, nuestros cuerpos, pues no parece sino que la tierra quisiera sepultarnos cuanto antes, vivos aún.

¿Qué más, qué más?

Y cuando la imprecación ha detallado toda la miseria visible, ó inconfesable y oculta, los que van á morir vuelven la vista al Paraíso por fin cercano.

« La mujer miró hacia adelante, con la misma curiosidad que tuvo al despertar á la vida. Eva terminaba como había comenzado. Toda su alma sutil y viva de mujer va hacia el secreto. Quisiera ser feliz, sin demora... » Quiere saber cómo será posible otra vida en un paraíso, qué podrá ser este Paraíso.

« El Paraíso, dice el hombre, lo hemos entrevisto pobrementemente en la tierra. La esperanza, las emociones, las bellas efusiones y las recompensas interiores

del orgullo, todo eso ha sido un poco de paraíso y como breves momentos de Dios, pero pronto borrados por nuestra ignominia, nuestra ceguera humana... Ahora, será Dios sin fin. » Plenitud de la luz y la alegría, sin las sombras del mal y la tristeza.

— « ¿Y yo, qué seré yo? » — pregunta la mujer del poema, y Amada dice : « tiene razón... porque la luz no es nada ». ¿Qué seremos nosotros?

El responde : no más sollozos, no más dudas, no más separaciones. Dice todo lo que no serán. Pero la interrogación, tan simple é ineludible, persiste : — ¿Y yo, y tú? — Cuando quiere decir algo positivo, la verdad se apodera de él y le reduce á la negación : « no seremos ya más nuestros harapos, nuestras carnes, nuestros lloros. No más pasado, no más porvenir, no más deseo : el deseo es pobre porque no posée; no más esperanza : la esperanza es desvalida porque espera... » Pero ¿y yo, qué seré yo?

« Este grito : yo, se impone, vibra y reclama. Una vez más, el hombre arroja palabras — fantasmas. » Y vuelve á la pintura de lo que fué para mostrar lo que ya no será nunca más. Y como ella insiste en querer ser algo, « la reprocha de estar en contradicción consigo misma al querer á la vez la felicidad terrestre y la celeste; ella le responde profun-

damente que lo contradictorio no es ella sino las cosas que quiere ».

No le queda sino declarar inconcebible el destino de gloria que esperan. « La felicidad divina no tiene la misma forma que la humana. La felicidad divina está fuera de nosotros. » — « No puede ser, no puede ser, grita la mujer : mi felicidad no puede estar fuera de mí, puesto que es mi felicidad. Lo que quiero es ser feliz yo misma, tal cual soy, tal como sufro. »

« Importante palabra. Ella nos trae al corazón de la realidad. El dolor humano es una cosa positiva, que quiere una respuesta positiva, y por sombría que sea, esa frase es bella : yo, tal como sufro. Es un error creer que podemos ser felices en una calma perfecta y en una claridad pura, abstractos como una fórmula. Somos hechos de demasiada sombra y de una forma especial de sufrimiento. Si nos quitaran todo lo que nos hace mal ¿que nos quedaría? Y la felicidad que entonces viniera, no sería para nosotros, sería para otro. El razonamiento que consiste en decir : hemos tenido un reflejo de felicidad borrado por la sombra ; desapareciendo la sombra, tendremos toda la felicidad, — es una mentira de loco. Y es también una mentira de locos el decir : tendremos una felicidad pura que no podemos concebir. »

«¿Qué hacen, entonces, esos dos creyentes, inconsolables á pesar de Dios? »

No pueden ser felices de otro modo que triste, pobre, humanamente. Y con una idea más clara y justa de sí mismos, ven que toda la alegría, la emoción, la ternura de la tierra, no existen sino por la pena, la ansiedad, la soledad que las hacen posibles. La plenitud nos privaría de deseo, y el deseo marca el ritmo de la vida. Inmovilizados de satisfacción total, dejaríamos de ser el sér que somos. Y el amor de nosotros mismos « tal como somos », es el fondo de nuestras entrañas. Amamos la fatalidad que nos condena á las miserias del cuerpo, este compañero de los buenos y malos días. Somos una mezcla indiscernible de bien y de mal, de paz y de guerra, de luz y de sombra. Nuestra miseria es la madre de nuestra grandeza, y quien nos la quita nos aniquila. ¿Qué satisfacción sin necesidad y qué necesidad sin privación? Y toda poesía, toda caridad, toda dulzura, fluyen del corazón sólo porque él es al propio tiempo fuente de lágrimas.

« He ahí la verdad, dijo el poeta. No borra la muerte, no disminuye el espacio ni retarda el tiempo. Pero hace de todo eso y de la idea que de ello tenemos, los sombríos elementos esenciales de nosotros

mismos... Es gracias á nuestra crucifixión sobre el tiempo y el espacio, que nuestro corazón, en el medio, palpita... No hay que soñar con una suerte de absurda abstracción : hay que guardar el lazo que nos liga á la sangre y á la tierra. « Tal como somos. » Somos más de lo que creemos. ¿ Quién sabe lo que somos ? »

El Paraíso está, pues, en la tierra : eseste infierno.



¿ Qué le queda por ver ? El drama de la maternidad le fascina, en todos sus aspectos. Asiste, desde su agujero, á un parto que semeja un degüello. Las entrañas sacrosantas se retuercen como tocadas de

una inicua maldición. A ratos, el espectáculo es tal, que quisiera renunciar á tanta verdad. Pero no puede desprenderse del muro, contra el cual bate á grandes golpes su corazón, oprimido de impotencia ante la enorme y ciega naturaleza que arranca de ese vientre de mujer todo lo que él puede contener de dolor; quisiera cerrar los ojos, no ver, no sentir aquel desgarramiento de entrañas que entregan su fruto como un girón, tras un bautismo de sangre.

« Oí á alguien decir : « no es necesario ayudarla, hay que dejar á la naturaleza obrar. Ella hace bien lo que hace. » Esta frase tiene en mí un eco : la naturaleza es maldita, la naturaleza es malvada. »

Pero tras el horror de ese encarnizamiento comparable al de una matanza, nada hay más sublime que el ver despuntar en la boca aún convulsa por la angustia de dar la vida, la sonrisa iluminada, la sonrisa extrahumana, en que se transfigura la maternidad á un tiempo divina y animal. — Madre mártir, como todas las madres, triunfa con una sonrisa de la ciega fatalidad que la aplasta; madre terrible, como todas las madres, pronta á defender ese pedazo de sus entrañas como una leona sus cachorros, está ahí, tierna y heroica, bendiciendo en éxtasis su martirio.

« Tragedia de carne tan común y banal, que cada mujer lleva en sí el recuerdo y la huella. Y sin embargo, nadie sabe bien lo que es eso. El médico que pasa delante de tantos dolores parecidos, ya no puede enternecerse; la mujer, que tiene demasiada ternura, no se acuerda de ello... Pero yo que veo por ver, he conocido en todo su horror este dolor de procrear que no cesa jamás en las entrañas de una madre; y no olvidaré jamás la grande desgarradura de la vida. »



¿Qué más, qué más?... La enfermedad y la muerte vienen luego con su cortejo de visiones.

Un hombre va á morir, asfixiado por un cáncer á la garganta. Allí vendrán hombres de ciencia á discutir una teoría inquietante y bella, que, de ser cierta, establecería una dramática fraternidad de todos los hombres en el mal, multiforme pero único, que los echa á tierra, como en la suerte que los espera debajo de ella. — Estos sabios, á fuerza de vivir en contacto con el lado miserable é infecto de nuestro sér, llegan á ver en el mal no sé qué siniestra sabiduría, una especie de perfección en la simplicidad de los medios, una voluntad destructiva tan tenaz que uno se asombra, ante su esencial horror, de la importancia atribuida á los otros dramas, accesorios y fortuitos, del destino humano. Y elevándose del caso particular que les ocupa, á una vasta generalización que abarca de una mirada toda la miseria física, y añadiendo luego á esta consideración la de los males que el hombre se hace voluntariamente, como la guerra y la tiranía, la visión es tal que, imitando el ademán de uno de los doctores, debiéramos tender « el puño al cielo á causa de la realidad ».



Mas no puedo seguir hasta el fin del libro el curso de este pensamiento que va página tras página aumentando su caudal, ahondando su cauce y reflejando nuevos aspectos de la vida.

Llegado á este punto, veo cuántas cosas profundas, tiernas, nuevas, y sobre todo, bellas, he dejado á un lado, no habiendo podido ensartarlas al paso en mi rápido resúmen. Hubiera querido, por ejemplo, dar al lector una idea de aquel extraño connubio del moribundo con la jóven esposa que le hace, heroica y casta, el púdico don de su belleza, mostrándose sin velos á los ojos que la habían seguido durante la

vida como una súplica sin esperanza y que van pronto à cerrarse para siempre. Antes de hundirse en la sombra, el moribundo vió lucir esa desnudez como una aurora.

Hubiera tambien querido que el lector asista á la escena, (talvez algo melodramática en su violencia final,) en que un verdugo ensotariado quiere arrancar, de viva fuerza, la confesión á un incrédulo. Nuncio de muerte, se lo ve ahí llegar, en los últimos momentos y replegar junto al lecho, como un cuervo fatídico, las alas negras de su manto. Y en obediencia á las prácticas de su ministerio, obsecado por una lógica de fanático, quiere salvar esa alma, á todo trance, como se impide á un loco ir al fuego, á pesar de él; hasta que, exasperado por la resistencia, se convierte en « la bestia de la religión », como el mendigo de *Les Suppliants* fué la « bestia de la verdad ».

Quisiera, además, haber mostrado cómo Barbusse persigue el drama de la muerte aun más allá del último suspiro, más allá de la entrada en la tumba. Le sigue bajo tierra, punto por punto, desde que las primeras moscas, las curtonevres, hacen su ovación preliminar en la boca y la nariz que acaban de exhalar el postrero aliento, hasta el *tenebrio obscurus*.

que, al cabo de tres años, y despues de ocho inmigraciones que se suceden en un multiforme pulular de larvas, viene á consumir los últimos restos de restos. Estas páginas macabras dejan una opresión de pesadilla extralúcida, pues á la potencia evocadora del poeta visionario se une su ciencia precisa y minuciosa, en una descripción á la cual los nombres técnicos dan un exacto relieve y como una verdad más innegable.

Y pienso, asimismo, en la pequeña antología que pudiera hacerse con una selección de trozos, en esta obra de una riqueza superabundante y varia, en la cual un gran estilo ha puesto su sello de perfección en cada frase. Las hay que, después de cerrado el libro, nos acompañan como un enjambre rumoroso ó como una música interior. Las hay cuya verdad no se agota, renovándose en múltiples sentidos, ó cuya extrañeza persiste como un perfume sugeridor.

Con todo, hemos visto lo principal de estos libros. Hemos visto « brillar en el crepúsculo los ojos trémulos de seres profundos como pozos... y la lucha de amar y de hacerse comprender, el rechazo mutuo de dos interlocutores y la confusión de los amantes, que no son amantes sino de nombre, que se ahondan á besos, que se estrechan llaga á llaga

por aliviarse, que no tienen entre sí ningún vínculo y que á pesar de su radiante éxtasis fuera de la sombra, son tan extranjeros como la luna y el sol. Hemos escuchado á aquellos que no hallaban un poco de paz sino en la confesión de su vegonzosa miseria y hemos visto sus rostros llorar... »

Y de todos esos seres, hemos despejado la verdad que los domina, y por la cual el espectador ha pasado días y noches crucificado contra el muro, buscándola, no por amor á los hombres, — nos dice, — sino por él mismo « No es cierto que se ame á los hombres. Es por mí, únicamente por mí que he buscado esta plena verdad. Quiero hallar en ella una dirección, una fe. Miro los recuerdos aprehendidos desde que estoy aquí ; son tan numerosos que me he vuelto extranjero á mí mismo, y que casi no tengo ya un nombre. Me veo, tendido sobre el espectáculo de los otros, llenándome de él ; ay de mí ! como un Dios, — y en una atención suprema procuro ver y oír lo que soy. ; Sería tan hermoso saber quién soy ! »

« ¡Yo, yo ! ¡Yo que no soy nada, cuánto he recogido de destino humano ! Me parezco, á pesar de todo, á un poeta al umbral de una obra. Poeta maldito y estéril que no dejará gloria alguna, á quien el azar ha prestado la verdad que le hubiera dado el

genio; obra frágil, que pasará conmigo, mortal y cerrada á los demás como yo, pero obra sublime, no obstante, que mostrará las líneas esenciales de la vida y narrará el drama de dramas. »

« ¿Qué soy yo? Soy el deseo de no morir... Somos, todos, y siempre, el deseo de no morir. Innumerable y diverso como la complejidad de la vida, en el fondo, ese deseo es esto: continuar siendo, ser más y más, ensancharse y durar. Todo cuanto se tiene de fuerza, de energía, de lucidez, sirve á exaltarse, de cualquier modo que sea. Uno se exalta á impresiones nuevas, á sensaciones nuevas, á nuevas ideas, y se esfuerza en tomar lo que no tiene para añadirsele.

« La humanidad es el deseo de lo nuevo, sobreañadido al miedo de la muerte. »

¿ Y después? ¿ Dónde están las palabras que aclaran la vía? Si es eso la humanidad, ¿ que es ella en el mundo y qué es el mundo?

Aquí como en *Les Suppliants*, desarrolla y precisa el contraste de las inmensidades del tiempo, del espacio y del incommensurable universo, — en que la tierra va perdida como va en ella perdido el hombre, — con la pequeñez irrisoria de nuestro sér; contraste que el hombre ha sentido desde que despertó á la vida del pensamiento, pero que aquí apa-

rece como renovado por una ciencia minuciosa y exacta que da al cuadro un relieve preciso, evidente de datos concretos, en tanto que las grandes líneas del razonamiento le dan una perspectiva ideal y las imponentes proporciones de una meditación trascendental.

Y perdido, espantado de su pequeñez ante el ilimitado universo, va á desesperar cuando « instintivamente, una intuición apacible, simple como él mismo, repele el espanto que le asalta, y se dice que eso no es posible, que hay un inmenso error en todo ».

... « Y para que me asistan, dico, evoco, una vez más, los seres vivientes en quienes tengo fe... Veo las faces, en el *de profundis* de la tarde, emerger como victorias supremas ; todas estaban rodeadas de una soledad que comenzaba en ese cuarto pero no terminaba en ninguna parte... Y yo, que soy como ellas, yo que contengo al interior de mi pensamiento, el implacable pasado y el porvenir soñado y la grandeza de los demás ; yo que siento, que deseo, que pienso... yo, yo, ¿ es posible que no sea nada, cuando en ciertos momentos me parece que soy todo ? ¿ Soy nada, soy todo ?

« Entonces, comienzo á comprender.

« No he tenido en cuenta el pensamiento en esta contemplación del orden de las cosas... Y ahora leo signos de locura en mi meditación de hace un momento. Esta meditación era la misma cosa que yo : probaba la grandeza del pensamiento que la pensaba, y sin embargo, decía que el sór pensante no es nada. Ella me aniquilaba, á mí que la creaba !

« ...El pensamiento es la fuente de todo. Es por él por donde hay que comenzar. » Ya Maximiliano decía en *Les Suppliants* : « Despojémonos de la creencia en la realidad de las cosas sensibles, — esta realidad que nos convertiría en polvo. Creamos sólo en el pensamiento que da : permanezcamos en lo absoluto de nosotros mismos. Una irresistible simplificación nos conduce allá, borrando los espectros de los sentidos y de los razonamientos artificiales. » Y el anciano que quería probarle que el individuo, por sí mismo, es como si no existiera de impotencia y de pequeñez, « comenzó á sentir entonces, á ver, á palpar el milagro del pensamiento, — milagro tan sencillo y próximo que se lo ignora ; — comenzó á darse cuenta de que el pensamiento significa el hombre, no las cosas ; y que sus recuerdos, sus ideas, sus creencias, sus afirmaciones, todo lo que él llamaba verdadero había salido de él... Y en esa tarde, era él quien estaba

más allá de todo : puesto que estaba ahí proyectando la luz, manteniendo las épocas, pensando caritativamente... »

« Pero ¿no soy presa de una ilusión? — continúa la voz que se creyó un instante « encerrada en ese cuarto como en un ataúd demasiado grande ». — Me oigo objetar : lo que hay en mí es la imágen, el reflejo, la idea del universo. El pensamiento no es sino el fantasma del mundo, prestado á cada uno de nosotros. El universo, por sí mismo, existe fuera de mí, independiente de mí, y con tal inmensidad que me deja en nada y como muerto ya. Y aunque yo no exista ó cierre los ojos, el universo será el mismo. »

« Una angustia comienza á oprimirme las entrañas... Pero he aquí que un grito asciende en mí, un grito lúcido, consciente é inolvidable como un acorde sublime de toda la música : ¡ No !

« No. No es así. Yo no sé si el universo tiene fuera de mí una realidad cualquiera. Lo que yo sé es que su realidad no tiene lugar sino por el intermedio de mi pensamiento y que no existe sino por la idea que tengo de él. Yo soy quien hace levantarse las estrellas y los siglos y arrolla el firmamento en su cabeza. Yo no puedo salir de mi pensamiento. No tengo derecho á hacerlo sin falta y sin mentira. No puedo.

En vano me debato como para escapar á mí mismo. No puedo acordar al mundo otra realidad que la de mi imaginación. Creo en mí y soy solo, puesto que no puedo salir de mí. ¿Cómo imaginar sin locura que puedo salir de mí? ¿Cómo imaginar sin locura que no soy solo?

« ¿Qué es lo que pudiera probarme que más allá del infranqueable pensamiento, el mundo tiene una existencia separada de mí?

... « Y á pesar de las voces que, aun del fondo de nosotros, gritan contra lo que acabo de atreverme á pensar, como una multitud contra la belleza; á pesar del sabio que, — confesando que el mundo es una alucinación, añade, sin prueba, que es una « alucinación verídica », — yo digo que el infinito y la eternidad del mundo son dos falsos dioses. Soy yo quien ha dado al universo esas virtudes desmesuradas que tengo en mí: (es preciso que yo se las haya dado, puesto que, aún cuando él las tuviera, yo no podría constatar en él lo inconstable, y yo se las añadiría de mi propio fondo á la imagen limitada que tengo de él). »

Y habiendo hecho cambiar así á la verdad de asiento, acabará por exclamar: « Todo está en mí y no hay jueces ni límites para mí... El cielo que

nuestros ojos enmarcan, y el azur que, más allá, no se ve sino en pensamiento; el cielo : la pureza, la virtud, el infinito de los suplicantes, el cielo de la verdad y de la religión, todo eso está en nosotros, y Dios mismo, que es todas esas especies de cielos á la vez... »



Afirmado en esta ardua certidumbre, la misión de mirar termina para el vidente. Ya no puede ver más. Partirá y otros seres vendrán á vaciar en esa estancia el tonel de Danaides de sus corazones. — « He terminado. Estoy extendido, y puesto que he cesado de ver, mis pobres ojos se cierran, como una herida, mis pobres ojos se cicatrizan. Y busco para mí un apaciguamiento. ¡Yo! El último grito como el primero. No tengo sino un recurso : recordar y creer. Creer que delante del corazón humano, hecho

de imperecedero deseo, no hay sino el mirage de lo que él desea; no hay sino una palabra inmensa que despeja nuestra soledad y desnuda nuestra irradiación, la palabra que parece aniquilación y blasfemia, pero que es realización y divinización: *Nada.* »

Paris, Noviembre de 1908.
